

LOS PUNTOS DÉBILES DE LA VIDA PÚBLICA ESPAÑOLA

Víctor Pérez-Díaz

ASP Research Paper 51(a)/2004

Sumario

1. La política del futuro
2. La política de identidad
3. El lugar de España en el mundo
4. Vamos hacia una sociedad civil, pero ¿quién es el “nosotros” que va?

Referencias

Publicado en *Papeles de Economía Española*, 100, 1, 2004.

ASP Research Papers

Comité de Redacción /Editorial Board

Víctor Pérez-Díaz (director)
Berta Álvarez-Miranda Navarro
Juan Jesús Fernández González
Josu Mezo Aranzibia
Pilar Rivilla Baselga
Juan Carlos Rodríguez Pérez
Fernando González Olivares (redactor jefe)

Comité Científico Internacional /International Scientific Committee

Daniel Bell (American Academy of Arts and Sciences)
Suzanne Berger (Massachusetts Institute of Technology)
Peter Gourevitch (University of California, San Diego)
Peter Hall (Harvard University)
Pierre Hassner (École des Hautes Études en Sciences Sociales, Paris)
Kenneth Keniston (Massachusetts Institute of Technology)

© Víctor Pérez-Díaz

Este trabajo no podrá ser reproducido en todo
o en parte sin permiso previo del autor

Depósito legal: M-6126-1994

ISSN: 1134 - 6116

Vistos con perspectiva, los últimos diez años parecen una etapa de relativa maduración de España en el proceso que la va convirtiendo en una sociedad civilizada, o simplemente civil en el sentido pleno y amplio de la palabra: una sociedad con los rasgos institucionales y culturales propios de un orden de libertad, en las condiciones del presente. Pero esta maduración sólo es posible si los españoles entienden y sacan alguna enseñanza del *conjunto* de todo el período, incluyendo tanto el remanso de los años de estabilidad política y prosperidad económica, como las aguas agitadas del drama inicial y del drama final: los años confusos de la primera mitad de los noventa, con el peculiar tono maniaco-depresivo que le dio la alternancia entre la euforia del crecimiento (los fastos de la Olimpiada y la Feria Mundial) y las crisis del estado de derecho y de la economía (los procesos de los GAL y el 24 por ciento de paro), y la gran conmoción del atentado de Madrid del 11 de marzo y las elecciones legislativas tres días más tarde.

En general, a la hora de hacer balance de estos años conviene dejar constancia tanto de las luces como de las sombras, aunque sólo sea por sentido de la justicia y por pedagogía cívica. El debate público español adolece de silencios clamorosos acerca de los logros de los adversarios políticos, el resultado de ello es una memoria histórica sesgada por la que pareciera como si la mitad de los españoles tratara de negar la presencia y la huella de la otra mitad, y, por eso, conviene acostumbrarnos a ejercicios (o intentos) de ecuanimidad de juicio. Pero en este breve ensayo me limitaré a recordar los logros someramente y centraré mi atención en *nuestras* insuficiencias, las del conjunto del país, políticos y ciudadanos a la par, de un signo u otro. Por eso me detengo en tres puntos débiles de la vida política española al comienzo del siglo XXI, que afectan a la visión que tiene España del futuro, su sentimiento de identidad y su percepción del lugar que ocupa en el mundo. A continuación, especulo sobre la consistencia misma de España como un sujeto colectivo, aplicando al tema, por analogía, formas de pensar y de expresarse (el “yo autobiográfico”, la “conciencia nuclear”) traídas de otras disciplinas. Entiendo que esa consistencia es débil, pero puede ser reforzada, y reforzada sobre todo en tanto que sujeto histórico “civil” (es decir, portador de un orden de libertad), mediante continuas “reparaciones civiles” y la influencia de varios factores institucionales y culturales.

La lección que extraigo de todo ello es animosa pero cautelosa. Se han desarrollado las capacidades del país en unos campos pero no en otros. Hemos aprendido, pero también hemos cultivado nuestra confusión. Aunque hemos dado pasos dignos de elogio queda mucho camino por hacer y hemos de recorrerlo en un escenario internacional inquietante. Puesto que nada está predeterminado, lo que nos espera será lo que hagamos en

circunstancias que en buena parte escapan a nuestro control y podemos encontrarnos por delante con años de progreso, de letargo o de regresión.¹

1. La política del futuro

Una normalidad aparente

Con el cambio de siglo, España parece haber dejado atrás el dramatismo que caracterizó a su política a mediados de los años noventa. El estado de derecho aparenta estar bien asentado, siempre que no se preste demasiada atención (¿o quizá la debida atención?) a las denuncias de que la justicia es lenta y a veces caprichosa o incompetente². En cualquier caso, el sistema ha pasado por la prueba crucial de llevar a los tribunales a dirigentes políticos, empresarios poderosos, y hasta jueces. Es probable incluso que, en el fondo, el paisaje de las pasiones políticas partidistas se haya calmado sustancialmente, si descontamos los súbitos furores provocados por el *affaire* del *Prestige*, la guerra en Iraq y una campaña electoral dramática, y, sobre todo, si hacemos abstracción (por el momento) del choque emocional del atentado de la estación de Atocha combinado con las elecciones de marzo (ver *infra*). Un estilo de relativa moderación política parece haberse impuesto en la mayoría de las confrontaciones partidistas, o, cuando no se ha impuesto, parece que se le añora. Por debajo de las excitaciones del momento parece haber una lógica de las cosas (una economía compleja y próspera, una estructura diversificada del poder, una sociedad relativamente cohesionada) que desdramatiza la política y la convierte en un juego de alternancias, donde, cabe pensarse, a una partida sucederá otra.

Supongamos, pues, que la normalidad ha arraigado, y gracias a ella se han podido ir ensayando y consolidando en estos últimos años ciertas “grandes estrategias”. La más notable concierne a la tarea de coordinar (o gobernar) la economía de mercado española. La larga transición hacia un modo de coordinación más liberal, apuntada por algunos de los gobiernos anteriores, ha recibido un gran impulso del gobierno del Partido Popular, y de ese giro, en conjunción con unas circunstancias internacionales favorables, se ha seguido un profundo cambio en la situación del empleo. Aquí no sólo se ha acabado la

¹ Una primera versión de este ensayo forma parte del último capítulo de un libro mío publicado en italiano (*La lezione spagnola: società civile, politica e legalità*, Milano, Il Mulino, 2003, con una introducción de Michele Salvati, “Spagna e Italia: un confronto”). El original fue terminado en enero de 2003. Al publicarlo ahora en castellano, más de un año después, lo he revisado ampliamente, teniendo en cuenta los cambios acaecidos en la situación del país, incluyendo los muy recientes y dramáticos de marzo de 2004.

² En marzo de 1998 el 64,1% de la población pensaba que el sistema judicial funcionaba mal o muy mal, y entre quienes tenían experiencia personal del sistema, un 71,3 % declaraba que el sistema había funcionado en su caso mal o muy mal (ASP, 1998a).

situación deprimente, “anormal”, de que casi una cuarta o quinta parte de la población activa estuviera desempleada, sino que se ha creado una dinámica de creación de empleo espectacular si se compara con el estancamiento de otros países europeos.

Pero conviene introducir dos cautelas. Ambas apuntan a lo que podríamos llamar los problemas del ritmo de la vida social y la política del futuro, y tienen que ver con la (todavía) débil proclividad de los españoles en general, y sus políticos en particular, a actuar con decisión y rapidez, y a incluir en sus cálculos una visión del futuro a largo plazo.

En primer lugar, hay que distinguir entre tipos de mercado. En los mercados de capitales y en la mayoría de los mercados de productos, el robustecimiento de la tendencia liberal parece indudable. En cambio, ha habido numantina resistencia de los partidarios del modo opuesto, el modo corporatista-estatista de coordinación de la economía del pasado, en el mercado de trabajo y en el campo de los servicios sociales (educación y sanidad, por ejemplo). El resultado ha sido una política social cauta y bastante respetuosa del *statu quo*, en parte por prudencia y en parte por necesidad dada la estrecha vigilancia de los sindicatos y las asociaciones profesionales, que han adoptado una estrategia reactiva y defensiva sobre este tema desde el comienzo de la transición democrática, apoyados por la opinión pública, así como, curiosamente, por el partido de oposición del momento, fuera el que fuese. De hecho, durante mucho tiempo, ambos partidos, el PP y el PSOE, han sido ambivalentes en la materia, dando pasos desganaados hacia la reforma cuando estaban en el gobierno y tratando de explotar el descontento social frente a cualquier intento de reforma cuando estaban fuera de él³.

Pero es en la opinión pública donde hay que buscar buena parte de la explicación de la timidez de la política social. No se trata sólo de que las declaraciones verbales de los ciudadanos indiquen su conservadurismo social, sino de que su modo de vida y el carácter que se han ido forjando apuntan en la misma dirección. Si nos fijamos en los movimientos migratorios, vemos que la migración interna prácticamente ha cesado. Aunque las tasas de desempleo sean el doble en Andalucía y Extremadura que en otras regiones españolas, la gente no se traslada a donde están las oportunidades de empleo. Un mercado nacional de alquileres estancado, unido a un patrón arraigado de propiedad familiar de la vivienda (el 86 % de las familias viven en casa propia) y a una panoplia de subsidios públicos, hacen que el traslado no resulte apetecible. Por su parte, los estudiantes asisten a las universidades de provincias y viven cerca de la familia (y sus profesores tienden a quedarse en sus universidades de origen). Al mismo tiempo, no ha habido emigración

³ La excepción fue el pacto sobre pensiones públicas, que refleja un consenso de no reformar el sistema si no es a través de una larga serie de medidas parciales, cautelosas y graduales, y probablemente poco concluyentes.

importante al extranjero en las dos últimas generaciones ni mucha experiencia personal de inmigración entrante hasta hace pocos años. Quizá por ello, ahora que los inmigrantes son una realidad numerosa, y quizá permanente, éstos se enfrentan con una población autóctona cada vez más recelosa y sin ideas claras de qué hacer con ellos.

En última instancia, la familia nuclear ha seguido siendo la piedra angular de la vida social. Ha estado a mano para ocuparse de los niños, de los jóvenes sin empleo, de los enfermos y de los ancianos. Pero la otra cara de la moneda es que la influencia extraordinaria de la familia tiende a estrechar el horizonte de inquietudes y problemas vitales de sus miembros. Eso se puede traducir en una *petitesse* del corazón que, a su vez, se reflejaría en las minúsculas tasas de natalidad y fertilidad de las familias españolas, actualmente situadas entre las más bajas del mundo. Irónicamente, la mayor importancia de la familia (una familia, “a la defensiva”) vendría de la mano de la reducción de sus efectivos y, en último término, de su decadencia. La familia puede ser la base del cuerpo social, pero al no procrear nos quedamos, en el futuro, sin cuerpo social. Entretanto, mientras el tejido familiar adolece de esta mezcla de fuerza y fragilidad, el tejido asociativo (también llamado “tercer sector” o “sociedad civil” en un sentido restringido) va creciendo, cierto, pero no a un ritmo demasiado intenso, muestra una tendencia a resguardarse cerca del sector público, y aún le falta mucho camino por recorrer para convertirse en un sector dinámico y autónomo⁴.

Han confluído así la timidez de la política social y la del cuerpo social para suscitar una inclinación a buscar lo seguro, a estar cerca de casa, a no correr riesgos ni aventurarse lejos, ni a construir, tampoco, un tejido social muy denso y con motor propio⁵. Y esto me lleva a mi segunda cautela acerca de la historia del éxito de la economía española y de la aparente normalidad de la sociedad que la acompaña.

El futuro es un país extranjero

En segundo lugar, aunque el empuje de la economía haya sido en muchos aspectos impresionante, no lo ha sido en todos. La disposición a encarar los riesgos y hacer grandes apuestas ha sido considerable, pero ha tenido sus límites. Por ejemplo, cuando el público se refiere al mundo empresarial suele centrar su atención en las grandes empresas, y, de hecho, existe desde hace unos años una tendencia a crear un cierto clima de leyenda en

⁴ Sobre el “tercer sector” español (asociaciones voluntarias u organizaciones sin fin de lucro y no gubernamentales) véanse Pérez-Díaz (2002a) y Pérez-Díaz y López-Novo (2003).

⁵ En efecto, alguna encuesta revela una baja inclinación a asumir riesgos por parte de un amplio sector del público: en junio de 1999, el 72 % se consideraba una persona que “hace todo lo posible por evitar los riesgos” (ASP, 1999b).

torno a las figuras de los grandes empresarios en España. Pero conviene recordar, para ver las cosas con un poco de distancia y de perspectiva, que el gran espectáculo de las fusiones y adquisiciones de empresas se siguió haciendo en los años noventa (como se había hecho en los años ochenta), principalmente, a la manera cortesana tradicional, permitiendo entre bastidores los arreglos *sotto voce* de los miembros de un *establishment* difuso (con su ala izquierda y su ala derecha...), bajo la mirada vigilante, interesada y comprensiva del gobierno de turno; de manera que cuando el agraciado se permitía, luego, un gesto de osadía empresarial, podría decirse que lo hacía después de solicitada y obtenida la venia. También ha sido sintomática de cierto apocamiento la relativa cortedad del horizonte de las empresas para su inversión exterior, lo que hizo que, cuando llegó el momento de acometerla, se limitara básicamente al terreno conocido, familiar, de Iberoamérica.

Por lo demás, ha habido un inquietante trasfondo de timidez en la forma en que los políticos, el mundo empresarial, el estamento académico y la sociedad en general han entendido las oportunidades económicas. El país se congratula (con razón) de haber crecido durante los últimos años a un ritmo uno o dos puntos por encima del de la media de la zona del euro; pero hay que tener en cuenta que esta zona estaba, tomada en su conjunto, virtualmente estancada. Una ambición mayor traería consigo revisar un sinnúmero de pactos tácitos dentro del cuerpo social y político que tienden a mantener el statu quo. Es como si el país viera el crecimiento económico como una carrera excitante, pero temiera que un exceso de rapidez pudiera dejarle sin resuello, quizá porque se ve a sí mismo más como un *sprinter* que como un corredor de fondo. El *sprinter* gana por unos pocos pasos al final, respecto a un pelotón del que apenas se ha despegado durante todo el recorrido; el corredor de fondo se pone a prueba y trata de dar lo mejor de sí mismo en una larga distancia.

En otras palabras, es como si los españoles tuvieran atisbos del futuro pero no la inclinación a contemplarlo como un territorio familiar, en el que estuvieran dispuestos a adentrarse, y aventurarse. Quizá el futuro les parece una tierra extraña (como algunos historiadores nos incitan a mirar, no al futuro, sino al pasado: Lowenthal 1985), un país extranjero cuyas claves se nos escapan, y en el que tal vez no podemos acabar de sentirnos a gusto.

De hecho, la desatención del futuro y la falta de preparación adecuada para una carrera de larga distancia se ponen de manifiesto en la debilidad del sistema educativo (enseñanza general, formación profesional y educación superior), la grave insuficiencia del sistema de investigación y desarrollo (y no me refiero a la insuficiencia de sus recursos económicos, sino a la de sus recursos institucionales y culturales), y el carácter derivativo de gran parte de la “cultura creativa” del país.

La segunda modernización

Si consideramos que el logro de la consolidación de la democracia y de la economía de mercado caracterizan una “primera modernización” de España, la clave de su segunda modernización está en la educación, la investigación y la cultura, y esta última en sus dos formas, la cultura de la creatividad y la cultura de la vida cotidiana. Si cambiamos de metáfora, y sustituimos la de una carrera por la de una construcción, y pensamos en España como en un edificio, éstos son sus cimientos. Y hay que comenzar por reconocer que, al cabo de un cuarto de siglo de democracia y desarrollo, estos cimientos no han sido puestos, y ni siquiera estamos en el camino de ponerlos.

Un balance ponderado de la situación debe tener en cuenta las luces y las sombras, y en diversos lugares he tratado de hacer justicia a unas y otras. Pero dado que la tendencia general es a no escuchar, no entender, y rechazar la crítica en la materia, me permitirá el lector que insista en ella, siguiendo el sabio consejo castellano de que “si no quieres chocolate, toma dos tazas”. No es probable con ello que quien ofrezca la taza recoja gratitud, pero es posible que quien la reciba se moje los labios, y se le quede un sabor agrisado que le haga interrogarse.

Es cierto que el porcentaje de las publicaciones científicas españolas en el mundo se va incrementando, lo que es loable. Pero son extremadamente pocos los campos en los que lo que aquí se hace marca el rumbo de la investigación fuera. Quizá falta la ambición, el ambiente o la masa crítica para ello. Durante veinte años hemos gastado menos de la mitad de lo que gastan otros países europeos (por no hablar de Estados Unidos) en investigación y desarrollo (y las diferencias han sido aún mayores en el pasado), y, aunque ni todo ni lo principal en la investigación es asunto de dinero, la escasez de éste es sintomática de la debilidad del impulso de las personas y de las instituciones. Aumenta el número de patentes registradas en el país, pero no mejora la tasa de difusión de nuestras patentes en el mundo, que es muy baja, ni la tasa de nuestra dependencia de las patentes extranjeras, que es altísima, ni la balanza comercial tecnológica, que no ha hecho sino deteriorarse y sigue haciéndolo.

Tenemos, ciertamente, muchas universidades, muchos alumnos y muchos profesores. Pero no tenemos una sola institución que sea una universidad de investigación lejanamente comparable con una sola gran universidad norteamericana; y es un síntoma del estado de las cosas que entre las Universidades de Harvard y de Yale (con menos de 30.000 alumnos) reúnan más libros en sus bibliotecas que todas las universidades españolas juntas (con un millón y medio de estudiantes). Las tasas de abandonos y de retrasos en los estudios son altas. Las pautas de reclutamiento de los profesores, establecidas a lo largo de cuarenta años, nos han dado el resultado de unos concursos preparados a la medida del candidato local en la inmensa mayoría de los casos. El intento

reciente de alterar estos procedimientos ha suscitado una reacción unánime de las universidades y los docentes, que, de consuno, han convocado todas las pruebas imaginables con el solo objeto de deshacer el efecto de la nueva ley y copar los nombramientos de los próximos años. Con las excepciones de rigor, siempre merecedoras de alabanza, lo que el paisaje ofrece es un horizonte de mediocridad perpetua, que los políticos temen alterar y la sociedad afecta ignorar.

Sobre la cultura creativa de estos años me permitirá el lector que pase cerca de ella sin apenas tocarla. En todo caso no es asunto de gobierno, ni bueno ni malo. Es asunto de individuos capaces, que surgen siempre, un poco misteriosamente, al margen de los circuitos oficiales. Ya es un mal indicio que el gobierno intervenga, porque lo que suele hacer es tándem con la industria de la cultura para repartir mercedes. Salvados momentos de lucidez, rara vez los gobernantes entienden que lo mejor es remediar abusos de un bando u otro para impedir que se consoliden estructuras de corte y monopolio, y limpiar el paisaje para que se desarrolle, en un clima de fronteras abiertas y libre competencia, la iniciativa local.

Pero todo esto es casi como predicar en el desierto. Lo que suele ocurrir es que entre poderosos ande el juego, y unos utilicen la cultura para mejorar su imagen y otros para sus negocios. En el fondo, la cultura para unos y otros es entretenimiento. No es de extrañar que ello provoque resentimiento en el personal, y que, llegado el momento, éste muerda la mano que le da el sustento. Ni con la dádiva ni con la loa cotidiana, ésa que repite con su estruendo habitual el “mundo de la cultura”, las gentes creativas tienen bastante. Más bien las desmoralizan. Lo que necesitan es estimarse a sí mismas y, de alguna forma, enlazar con un público que a su vez puedan estimar.

Pero tampoco es fácil encontrar un público de esas características en una sociedad donde las gentes se cultivan poco y, para empezar, leen poco, por no decir muy poco. La lectura es una comunicación en la soledad; y las gentes del país parecen preferir el ruido en compañía. Algunos están ahora indignadísimos con lo que llaman la televisión basura como si ésta acabara de nacer hoy, siendo así que no es sino la culminación (por el momento) de una larga tradición de hablar por hablar, divagar sin rumbo, quitarse la palabra, gritar, entrometerse en la vida de los demás con malicia, fabricar insidias, y acabar despeñándose por los abismos de la garrulería, la grosería y la insensatez en medio de unas risas. Nada que sea excepcional ni reciente. Lo que tenemos hoy refleja simplemente a qué nivel de calidad, bajísimo, ha llegado la cultura cotidiana al cabo de estos últimos veinticinco años de democracia y desarrollo, prolongando a su modo, ahora con la ayuda de novísimas tecnologías, una tradición anterior.

La cultura cotidiana es la consecuencia de muchos factores pero también el terreno sobre el que se asienta todo lo demás. De ella surgen las vocaciones universitarias, la

curiosidad y la perseverancia en las pesquisas científicas, los impulsos creativos, y las formas del lenguaje en las que todo eso se expresa. De ella se nutre el debate público. Es impensable que este país llegue a tener la influencia en el mundo que algunos sueñan si el nivel de ese debate es muy bajo, y se compone de lugares comunes, discursos carentes de argumento, pequeñas astucias, intereses a corto y un confuso sentimentalismo, todo lo cual propicia un vuelo rasante. En estas condiciones, las victorias políticas de quienes aspiran a elevar al país hacia un orden de libertad responsable son victorias pírricas, costosísimas y precarias, que dependen en buena parte del azar de que el adversario contribuya poderosamente a su propia derrota; y aunque esto a veces ocurre, es temerario esperar que ocurra siempre. Tampoco es deseable, porque, al menos para largas distancias, los países, como los humanos, caminan mejor con dos piernas que con una.

Así que tenemos, por así decirlo, un problema. Sería de desear, ciertamente, que los líderes políticos, rompiendo la costra de rutinas, adulaciones, insidias y otros ruidos que les rodea, vieran estas cosas con ojos un poco nuevos. Pero, lo hagan o no, el problema no es suyo, sino nuestro. Es de los ciudadanos de a pie de este país, que, de la misma manera que hemos hecho, y hacemos todos los días, la democracia y el desarrollo de los que nos ufamamos (con razón), hacemos también la educación, la investigación, la cultura creativa y la cultura cotidiana, de las que tenemos muchas menos razones para sentirnos orgullosos.

2. La política de identidad

La inestabilidad sistémica del “estado de las autonomías”

El PP empezó siendo un partido nacionalista español, deseoso de enfatizar la unidad del país y portavoz de quienes veían con recelo la regionalización de la política española. Con el tiempo, sin embargo, el PP parece haberse ido desplazando hacia lo que muchos denominan un “patriotismo cívico” o “constitucional”; y, aunque las etiquetas son siempre elusivas, y con frecuencia resultan borrosas debido al uso y el abuso que se hace de ellas en las contiendas partidistas, podemos suponer que con ese desplazamiento el PP ha puesto de manifiesto su disposición a suscribir el experimento del nuevo estado democrático español con las comunidades autónomas, siempre que éstas no sean utilizadas por los nacionalismos periféricos para ubicarse extramuros de la Constitución, y para embarcarse en estrategias de autodeterminación e independentistas. Con ello, el PP no ha hecho sino sumarse a un consenso general. En efecto, hasta ahora, el experimento de la llamada España de las Autonomías ha parecido un experimento que ningún partido cuestionaba y que el discurso dominante caracterizaba como un éxito. Aunque conviene hacer acompañar de cierta cautela afirmaciones semejantes.

Hay que dar por descontado que siempre queda un rescoldo de ambivalencias y tensiones interregionales fáciles de avivar al amparo de las circunstancias electorales del momento: pequeñas (o no tan pequeñas) diferencias que se exageran, y mecanismos de rivalidades miméticas o de búsqueda de chivos expiatorios que se disparan. Si los cálculos políticos del momento sugieren la conveniencia de una confrontación en la materia (y hay que tener en cuenta que el sistema electoral estimula estos cálculos, pues puede poner fácilmente en manos de los partidos nacionalistas la llave de una coalición victoriosa), los políticos pueden contar con ese humus emocional como punto de apoyo o caja de resonancia.

Una ilustración bastante elocuente de la inestabilidad inscrita en el sistema del estado de las autonomías es lo ocurrido con la campaña electoral de 2004. En el punto de arranque basta introducir un cálculo estratégico partidista sumamente comprensible. Con la caída de Felipe González en 1996, los socialistas habrían podido intentar recuperar el centro, rectificando los errores pasados pero apoyándose en sus pasados aciertos. En lugar de ello, Joaquín Almunia optó por la unidad de la izquierda, lo que dio como resultado la mayoría absoluta del PP en las elecciones del 2000. El líder siguiente, José Luis Rodríguez Zapatero, habría podido volver a intentar, de nuevo, la estrategia de recuperar el centro; pero se decantó por una variante de la decisión de Almunia, ampliando su base de alianzas no sólo a la izquierda sino también a los nacionalismos. Con deliberación y perseverancia, pero de la manera más discreta posible, eliminó a Nicolás Redondo del liderazgo local en el País Vasco, evitando así una alianza con el PP en la región, y, en cambio, dejando la puerta abierta para un entendimiento con los nacionalistas; amparó y estimuló todos los experimentos posibles en acuerdos o gobiernos tripartitos en las diferentes regiones del país (aunque quizá en Madrid ello no fue posible dada la ausencia de un partido robusto de nacionalistas madrileños); cubrió las disensiones internas sobre la cuestión entre los diferentes notables socialistas bajo el slogan equívoco de “una España plural”; y apoyó la apuesta de los socialistas catalanes por un gobierno tripartito con la izquierda y los nacionalistas republicanos. Claro es que el precio a pagar por esta estrategia socialista no podía ser otro que aceptar el programa nacionalista catalán de reformar la Constitución de 1978.

El problema con esta estrategia es que hay en ella una contradicción entre la forma y el fondo. El fondo, claramente legítimo, es la pretensión de reformar la Constitución. La forma ha sido, sin embargo, al tiempo ambigua y abrupta. Ambigua, porque sólo muy cerca del momento electoral se han descubierto las cartas. Abrupta, porque al descubrirlas se ha adoptado un tono beligerante, y, sobre todo, se ha convertido el juego en un pulso político, dando a entender claramente que lo que viene después es una resolución del parlamento regional en cuestión, apoyada por alguna forma de plebiscito regional.

El problema con esta forma es que no favorece el clima de confianza que es preciso para llevar a buen término una revisión constitucional. Si la Constitución fue el resultado de un espíritu de consenso bastante amplio, y de una larga y compleja negociación a todas las bandas, su reforma debería hacerse, lógicamente, en condiciones parecidas. Pero el entretenimiento de la ambigüedad (¿se quiere una reforma de la Constitución, o una interpretación diferente de la que hay?), y, sobre todo, el amago de un pulso político (el anuncio de una resolución parlamentaria y un plebiscito o un referéndum locales) pueden favorecer el desarrollo de una disposición a no respetar los procedimientos de la Constitución, ni el principio mismo de la Constitución, que es la soberanía del pueblo español (en su conjunto) para decidir en última instancia en esta materia.

En otras palabras, por sus pasos contados, de la manera más normal del mundo, simplemente siguiendo la lógica del juego electoral y los cálculos partidistas, el país se encuentra en 2004 rozando una crisis constitucional en el terreno de la organización territorial de estado. Basta para ello la confluencia de un cálculo electoral partidista con la activación de un nacionalismo local.

Es obvio, pues, que tenemos un problema tanto en el diseño institucional como en la cultura política. Una coordinación razonable entre el estado central y las autonomías requiere una arquitectura institucional y unos hábitos de cooperación que no se improvisan, ni cuyas reglas se pueden renegociar a cada momento. A falta de ello, el sistema es intrínsecamente inestable, porque los partidos tienden a poner a prueba los límites del acuerdo inicial una y otra vez. Ello trae consigo a veces un desgaste de energías, a veces la creación de una incertidumbre acerca de cuál sea el marco regulador, que inhibe la iniciativa de las gentes, a veces el bloqueo de una decisión (como ha ocurrido con el tema del suelo edificable, como consecuencia de los desencuentros entre el gobierno central y los gobiernos regionales y locales), y a veces simplemente una deriva, que puede moverse en el terreno de las políticas públicas habituales (dando lugar aumento del endeudamiento público en algunas regiones, y otros problemas)⁶, o puede deslizarse hacia

⁶ Véase una valoración de la experiencia en Máiz, Beramendi y Grau (2002: 379 y ss.). Véase también Subirats y Gallego (2002). Los otros problemas que señalan algunos críticos comprenden, por ejemplo, el aumento del endeudamiento público y la maneras de incrementarlo y al tiempo de ocultarlo creando empresas públicas prácticamente opacas (Gómez Agustín 2000), la persistencia de una serie de rigideces en la reglamentación de los horarios comerciales y en la oferta de terreno para la construcción de viviendas, las dificultades de coordinar las políticas educativas, del agua o sanitarias, y la calidad inferior de las estadísticas sobre éstas y otras materias relacionadas. Esta experiencia se podría ver en el muy largo plazo como un proceso de aprendizaje por parte tanto de la clase política como de la ciudadanía, sobre todo si se remedia el “déficit institucional” del que hablan Máiz, Beramendi y Grau, se instaura una cultura de cooperación y se da una duración suficientemente larga a la vigencia de las reglas del juego. Estas condiciones podrían cumplirse en la mayor parte del territorio español, pero permanece abierto el

una crisis constitucional. Para evitar una crisis semejante no sólo hay que reconducir el diálogo político a sus cauces apropiados, y atender al gesto, el tono y la manera de llevarlo adelante, sino que también hay que labrar el contenido de un acuerdo que sea claro, permanente y basado en sentimientos (no en meras declaraciones) de confianza mutua.

El problema vasco

Establecida la cautela anterior, cabe decir que el estado de las autonomías ha parecido funcionar de un modo que la mayoría ha considerado bastante aceptable, en parte como un modelo a cuya realización nos íbamos acercando y en parte como un *modus vivendi*, dándose así la impresión de que, por un proceso de prueba y error, se ha ido construyendo una experiencia de acomodación recíproca y de aprendizaje colectivo. Pero esta percepción excluye lo sucedido en el País Vasco. Aquí no asistimos a una labor continuada, y aparentemente cumulativa, de las instituciones y de los partidos, sino a una representación dramática que ni obedece a una argumentación clara ni se orienta a un resultado previsible.

Durante la era democrática, los gobiernos españoles, primero, intentaron entenderse con los nacionalistas vascos concediendo una amnistía política a los terroristas vascos y llegando a un acuerdo con los nacionalistas moderados basado en la Constitución y el Estatuto regional; después, cuando el recurso a tácticas ilegales contra los terroristas a comienzos y mediados de los años ochenta resultó contraproducente y abrió una crisis profunda en el estado democrático, se intentó la fórmula de una política de coalición entre los socialistas y los nacionalistas moderados, de finales de los ochenta a mediados de los noventa. Pareció entonces que se difundía una cultura política de coaliciones múltiples entre partidos nacionalistas y no nacionalistas, al albur de las necesidades de formar gobiernos locales y juntas forales en las distintas partes del territorio vasco. Esto dio la impresión de que podría hallarse un *modus vivendi* duradero en el País Vasco, que pareció reforzarse cuando, en la segunda mitad de los noventa, se movilizó una gran parte de la sociedad vasca (nacionalista y no nacionalista) bajo la bandera del rechazo a la violencia terrorista, al tiempo que aumentaba la presión sobre los terroristas por parte de la policía y los tribunales.

Sin embargo, visto retrospectivamente, la experiencia de coalición entre nacionalistas y no nacionalistas resultó ser poco más que una de maniobras de conveniencia táctica por ambos lados, y los nacionalistas acabaron respondiendo a la movilización social contra el terrorismo con una estrategia de alianza dentro del nacionalismo, moderado e inmoderado, en torno a un proyecto de autodeterminación y de

interrogante de si se aplicarán en País Vasco, y quizá alguna otra comunidad.

rechazo del marco constitucional. A la suspensión temporal de los atentados terroristas siguió el pacto de Estella entre PNV y Herri Batasuna, entendido como un paso para avanzar hacia la independencia vasca. Una vez logrados sus objetivos tácticos (la pérdida de impulso del movimiento social antiterrorista y el pacto entre los partidos nacionalistas), ETA regresó a la acción terrorista, mientras el PNV se mantuvo fiel a su estrategia independentista.

En ese momento, los partidos no nacionalistas tenían ante sí una estrecha gama de opciones. Dos alternativas del pasado parecían imposibles: las acciones contraterroristas ilegales empleadas en los años ochenta, objeto de un rechazo general, y la coalición de socialistas y nacionalistas, que chocaba con la estrategia independentista del PNV. Pareció llegado el momento de otra posibilidad, la de una coalición de no nacionalistas, esto es, socialistas y populares⁷. Era difícil lograrla a corto plazo porque estaban cerca las elecciones legislativas de 2000, pero más tarde podía ser factible. Lo cierto es que en las elecciones regionales de 2001, socialistas y populares se concertaron para tratar de desalojar al PNV del gobierno vasco. Aunque no lo consiguieron, fue por poco, y el terreno pareció quedar despejado para un segundo intento. Aunque los socialistas tenían sus dudas, y algunos se inclinaban a renovar algún tipo de coalición con los nacionalistas vascos, éstos persistieron en su estrategia independentista apenas disimulada, y los asesinatos de políticos socialistas vascos continuaron. De modo que a la postre una alianza de facto tuvo lugar entre populares y socialistas, quienes apoyaron conjuntamente una nueva ley de partidos políticos que ilegalizaba a todo partido al que se pudiera acusar de complicidad con organizaciones terroristas, al tiempo que unos y otros recomendaron alargar las condenas de prisión para los terroristas⁸.

Cabe imaginar que todo esto podría quizá desembocar en un enfrentamiento abierto entre partidos nacionalistas y no nacionalistas que arrastraría a sus electorados, si no fuera porque, en el fondo, el electorado parece tener una actitud más sosegada que la de sus representantes. Según las encuestas, una mayoría de la población vasca parece aferrarse al deseo de una alianza de nacionalistas moderados y no nacionalistas, no muestra una inclinación fuerte a la independencia, y parece haber alcanzado un *modus vivendi* entre sus

⁷ Según datos de una encuesta, en enero de 2000 el 82 % de los españoles adultos consideraban muy necesario o bastante necesario que los socialistas y los populares actuaran juntos en el País Vasco (ASP, 2000).

⁸ Batasuna fue ilegalizada por el Tribunal Supremo (por decisión unánime de sus magistrados) el 17 de marzo de 2003, en aplicación de la Ley de partidos políticos. Por otra parte, el juez Baltasar Garzón, siguiendo otra vía, decretó la suspensión durante tres años de las actividades de la coalición de grupos nacionalistas extremistas (entonces conocida como Batasuna) y cualquier tipo de financiación pública que pudieran recibir. En enero de 2004, el Tribunal Constitucional rechazó por unanimidad el recurso de amparo contra la sentencia del Supremo que había presentado Batasuna.

dos “identidades colectivas” de vascos y españoles⁹. Este estado de opinión puede perdurar o no, pero nos sirve como telón de fondo para comprender la forma en la que gentes que se ven a sí mismas como normales pueden vivir en una situación muy difícil y resbaladiza, sobresaltada por continuos episodios de terror.

Una variedad de situaciones dramáticas: entre el enfrentamiento abierto y el terror silencioso

España vive con el problema vasco desde que se constituyó en democracia (por no hablar de un pasado más remoto), y no está ahora más cerca de la solución que al principio. Ha sido una experiencia triste y frustrante, y no hay buenas palabras que puedan disimularlo. El compromiso constitucional no lo resolvió. En el referéndum constitucional, un tercio de los vascos se abstuvo. Se pensó que el Estatuto de Guernica, cuyo poder vinculante tenía sus cimientos jurídicos en la propia Constitución, y que había sido negociado con los nacionalistas moderados, situaría firmemente a las instituciones políticas vascas dentro del marco constitucional español. Pero “firmemente” no lo hizo. El texto estaba plagado de ambigüedades deliberadas, que hacían necesarias continuas negociaciones en busca de un acuerdo para el que faltaban los mínimos necesarios de buena fe y confianza mutua.

No pareció haber límites a lo que el gobierno regional vasco consideraba incluido en su área de competencias. Una y otra vez el PNV manifestó claramente que su lealtad a la Constitución era limitada, condicional y de hecho precaria. Las políticas de coalición nunca parecieron saciar el afán de los nacionalistas por cambiar las reglas del juego. Y lo

⁹ Nótese que todas esas opiniones se mantenían en un momento (segundo semestre de 1998) en que la gran estrategia de la coalición nacionalista en busca de cambios constitucionales estaba todavía en su infancia. La cuestión es que la coalición nacionalista embarcada en esa estrategia iba contra la corriente de la opinión vasca mayoritaria, incluida la opinión mayoritaria entre los vascos de origen (es decir, vascos nacidos de padres vascos). En una encuesta realizada en el País Vasco en julio de 1998 el 52,4% de la población (frente a un 26,3%) se mostraba partidaria de una coalición mixta de nacionalistas y no nacionalistas en el gobierno vasco (el 43,7 de los vascos de origen eran partidarios de esa coalición), y que una mayoría aún más abultada, del 67,2% (frente al 12,8%) esperaba que se produjera esa situación en un plazo de diez años (el 84,1 de los vascos de origen lo esperaba así) (ASP, 1998b). En octubre de 1998, según otra encuesta también llevada a cabo en el País Vasco, un 21,7 % esperaba un resultado favorable a la independencia del País Vasco si se hiciera un referéndum, y la independencia era la preferencia declarada de un 19,6 % de los vascos (que pasaba a ser un 31,4 % para los nacidos en el País Vasco de padres vascos, entre un 13,7 y un 16,7 para los nacidos en el País Vasco de padre o madre no vascos, y un 10,2 % para los nacidos fuera del País Vasco) (ASP, 1998c). En la misma encuesta, el 54,4 % de la población vasca parecía enorgullecerse de ser española (frente a un 21,2 % que no). Ese porcentaje descendía a un 40,8 % en el caso de los vascos de origen, frente a un 29,9 %, y se elevaba al 62,7 % en el de los nacidos fuera del País Vasco, frente a un 9,6 %.

intentaron sin desmayo, en coalición con los socialistas o a la cabeza de una coalición de partidos nacionalistas, utilizando su poder de gobierno para llevar a cabo una vasta operación de construcción nacional que tenía como objetivo la ruptura del marco constitucional, lo que ellos han llamado “ir más allá” de la Constitución.

La situación es inquietante si se piensa que en el telón de fondo de esa estrategia nacionalista hay una sociedad que no acaba de encajar con esa estrategia: casi la mitad del electorado vasco vota a los socialistas y populares (o a grupos coaligados con ellos), y unos dos tercios de los vascos (incluidos aproximadamente la mitad de los que votan a los nacionalistas moderados) no expresan una preferencia por la independencia. Esto sugiere un desequilibrio en el espacio público entre el discurso político de la mayoría nacionalista y los sentimientos políticos del común de las gentes. Pero lo que convierte la situación en muy dramática es la matanza interminable y continua, a lo largo de veinticinco años consecutivos de régimen democrático, de un promedio anual (con amplias oscilaciones) de en torno a una treintena de no nacionalistas¹⁰: guardias civiles y policías, pero también profesionales, empresarios, periodistas, artistas, profesores de universidad, políticos locales y regionales. Por no hablar del acoso físico y moral y el daño económico que sufre un sector mucho más numeroso, en un intento de intimidar a la comunidad de no nacionalistas en general.

No obstante, como la capacidad de las personas para soportar cosas terribles es limitada, cierta normalidad, una especie de “pseudonormalidad” si se quiere, ha camuflado o encubierto este drama. La pauta de asesinatos e intimidación se ha mantenido durante tanto tiempo que se han ido estableciendo rutinas cotidianas de los tipos más diversos. Algunas tienen un carácter extremo y, tomadas en conjunto, surten el efecto de oprimir y desconcertar a muchos y hacerles menos sensibles y casi indiferentes a lo que ocurre. Las rutinas pueden incluir la lucha callejera, los actos de vandalismo pequeños pero incesantes, los incendios provocados, las pintadas, las piadosas denuncias clericales de “la violencia de cualquier signo”, los funerales religiosos, las demostraciones de dolor, las filosóficas declaraciones de espectadores bienintencionados que califican a los asesinos de locos e irresponsables, y las emocionales declaraciones de familiares de las víctimas que declaran responsables a los asesinos y dicen que nunca les perdonarán, etcétera. La cuestión es que, contra el telón de fondo de esas escenas patéticas “la vida sigue”, en clave “normal”. Los niños van a la escuela, se hacen negocios y el trabajo diario produce y distribuye sus bienes y servicios por los métodos habituales, la gente lee las noticias de los asesinatos, hay elecciones, se inauguran museos, se difunden cartas pastorales, trenes y coches cruzan el país en todas direcciones, y en medio de estas y otras infinitas ocupaciones la gente sabe que ocurren cosas terribles pero piensa que siempre les ocurrirán a otros.

¹⁰ En España hubo 62 asesinatos terroristas entre 1968 y 1976, y 748 entre 1977 y 2002.

El escenario político del País Vasco habría podido aclararse bien en torno al tema de la violencia, aislando al terrorismo, bien en torno al tema de la independencia, como resultado de la convergencia de nacionalistas moderados y radicales en torno al objetivo independentista y de los socialistas y los populares en torno a la defensa de la Constitución; pero no ha ocurrido así. Las cosas se han ido complicando gradualmente. Por un lado, junto al terror silencioso ha emergido un movimiento social (y una red de asociaciones, foros y fundaciones) que ha puesto voz al sentimiento de terror y lo ha convertido en protesta. Por otro, los socialistas se han movido en el marco de una contradicción interna: se han sentido inclinados a acercarse (de nuevo) a los nacionalistas moderados, esta vez en torno al proyecto de una reforma constitucional, pero, al tiempo, no han creído poder confiar del todo en ellos, pues los han visto más bien interesados en mantener la confusión en torno a la reforma constitucional por las ventajas tácticas que de ello pudieran derivarse para su proyecto independentista. En estas circunstancias, el espacio público, que se va llenando de voces cuya interpretación requiere una dedicación atenta, una mezcla de sutileza y de sentido común, y paciencia ante sus muchos matices y variaciones en el tiempo, no puede ser claro sino todo lo más “translúcido”, propicio para una agitación fatigosa y un forcejeo repetitivo y obsesivo, mientras la deriva del país sigue su curso.

Vistas las cosas con un poco de perspectiva, puede decirse que, en el peor de los casos, el País Vasco podría funcionar como un laboratorio para un experimento de sumisión de una sociedad, que tal vez ya era una sociedad civil o que podría haberlo sido, al terrorismo, por sus pasos contados, y con efectos que se irían haciendo notar, gradualmente, a diferentes escalas. Primero, las gentes del país se pueden acostumbrar al terrorismo, y a cambio de que no les asesinen a ellos en particular, estar dispuestos a pagar un precio político. Segundo, el efecto de este experimento se puede ampliar en otra región española, por ejemplo en Cataluña, donde un partido político pide y consigue una tregua para que el terrorismo no mate en su región, y lo continúe haciendo en otras, a cambio de un apoyo político (como muchos comentaristas piensan que lo ha hecho Esquerra Republicana de Catalunya en enero de 2004).

Una identidad tácita, quizá algo borrosa, quizá más fuerte de lo que parece

Los españoles han tardado en adoptar una posición clara en lo que se refiere a la política de su identidad. Muchos han solido dar su españolidad por supuesto. No han tenido necesidad de exhibirla. En general, cuando se les pregunta, expresan patriotismo, cierto apego a España y una significativa dosis de orgullo de ser españoles, pero se suelen resistir a defender nada semejante a una postura nacionalista “fuerte”, primero, tal vez porque ese nacionalismo parece contaminado por su asociación simbólica con el

franquismo, y segundo porque es dudoso que el nacionalismo político y cultural típico de los políticos, los periodistas, los militares y los escritores del siglo XIX (y siguientes) haya sido nunca una planta indígena particularmente robusta. Han aceptado con facilidad la complejidad de identidades colectivas duales, declarándose, por ejemplo, gallegos y españoles o aragoneses y españoles¹¹. En su mayoría, no han visto incompatibilidad alguna entre las dos filiaciones, ni han hecho caso de las amonestaciones de los políticos, periodistas y escritores del momento que les instaban a “aclarar” su identidad. Han vivido al parecer bastante contentos con una identidad dual borrosa, limitándose a subrayar la española o la regional según las circunstancias.

Esa borrosidad no es sólo cuestión de una mayor o menor complejidad emocional; también puede tener que ver con una débil memoria colectiva. En la imaginación de los españoles, los recuerdos colectivos compartidos y vividos con intensidad no son muy antiguos. Los historiadores podrán hablar o escribir sobre la época romana, la Reconquista o los Reyes Católicos, los Austrias o los Borbones, pero para muchos de los españoles de hoy la historia relevante compartida, importante y relativamente libre de polémica, parece arrancar, a efectos prácticos, de la transición democrática de hace menos de una generación. El franquismo es terreno resbaladizo, quizá porque la mayoría de las gentes (de todas las regiones) tendría que reconocer que ellos o sus padres contemporizaron con él, o se adaptaron a él a partir de un determinado momento. La guerra civil y la Segunda República son más polémicas; y el siglo anterior estuvo aparentemente lleno de guerras civiles, pronunciamientos y disturbios variados. De creer a los textos escolares y la historia habitual, no parecería haber habido casi ninguna época, por lo menos en la historia moderna, en la que los españoles hubieran convivido felizmente. Quizá por eso la historia que evocan los políticos suele empezar y acabar con la transición democrática. Les permite hacer referencia expresa al interés compartido de todos los españoles por dotarse de una Constitución y, como se suele decir, vivir felices a partir de aquel día, entendiéndose por deducción que, no habiendo sido tan felices en épocas pasadas, de esas épocas es mejor no hablar. En cuanto a que España pueda ser considerada como un “sujeto histórico”, con una trayectoria que contiene un pasado y mira hoy hacia el futuro: estas expresiones se utilizan de manera deslavazada, como slogans fuera de contexto, en el discurso político. Tampoco acabarían de encajar con la experiencia cotidiana de gentes con afanes por así

¹¹ En 2001, por ejemplo, el 89 % de los andaluces, el 72,5 % de los catalanes, el 70,5 % de los vascos y el 84,7 % de los gallegos declaraban sentirse a la vez españoles y miembros de sus comunidades regionales (o nacionales), según el *Observatorio Autonómico* creado por la Universidad Autónoma de Barcelona, la Universidad de Granada, la Universidad del País Vasco y la Universidad de Santiago de Compostela (OPA, 2002: 37).

decirlo “presentistas”, “que van de su corazón a sus asuntos” como diría el poeta,¹² pero entendiéndose que sus asuntos suelen ser muy próximos.

Se explica así que la mayoría de los españoles reaccione con cierta incredulidad inicial frente a la determinación de los nacionalistas vascos militantes e independentistas, y que sea reacia a tomar en serio las apelaciones de éstos a una historia viva que tiene precedencia sobre el corto tramo de los últimos veinticinco años, o las intenciones claramente expresadas de llevar su estrategia hasta sus últimas consecuencias. Como tantas veces ocurre, no es que los líderes y militantes de los partidos nacionalistas vascos, radicales y moderados, no se hayan atrevido a explicitar sus metas, sino que sus adversarios no les han escuchado o no les han prestado la suficiente atención.

3. El lugar de España en el mundo

Europa, Europa

La misma vaguedad que afecta a la actitud de los españoles hacia su identidad española en relación con sus comunidades autónomas se repite en relación con su identidad europea. Aquí, como ya se ha indicado, observamos una disposición pronta y abierta hacia todo lo europeo, reflejo de un sentimiento de pertenencia que se espera que aumente en el futuro, aunque todavía coexiste tanto con una falta de interés en debatir sobre la política y las políticas europeas como con una extendida ignorancia de ellas¹³. Ello no es óbice, sin embargo, a que a la mayoría de los españoles les guste formar parte del club. “Integrarse en Europa” ha sido el lema de casi todas las agrupaciones sociales, partidos políticos, familias ideológicas o regiones. Gobiernos de todo color han empleado las políticas y normas de la Unión Europea para justificar sus posiciones, a veces como coartadas para introducir medidas políticas impopulares. La entrada de España en la OTAN se vio como parte del mismo juego europeo. La perspectiva de una comunidad política y una sociedad europeas cada día más “cohesionadas” no despierta temores, sino

¹² En esta ocasión, Miguel Hernández.

¹³ Según una encuesta, en marzo de 1999 el 55% de los españoles se sentía fuertemente europeo, y el 52% pensaba compartir un futuro en común con otros países europeos. Al mismo tiempo, sólo un 27% tenía la impresión de compartir una historia común con el resto de los europeos; un 12% hablaba con frecuencia de política europea; entre un 9 y un 14% conocía los nombres de los primeros ministros de Alemania y Francia y del presidente de la Comisión Europea, y entre un 4 y un 5 % conocían el orden de magnitud del porcentaje del presupuesto europeo dedicado a subsidios agrarios (ASP, 1999a). Para un análisis de las ideas generales del público europeo frente a la UE y al futuro de la comunidad política europea véanse Pérez-Díaz (1998a y 1998b).

sólo expectativas positivas en la mayoría de los españoles, a pesar de ocasionales reservas, resentimientos o franca oposición a esta o aquella política concreta.

De nuevo, encontramos en el fondo de esa actitud sentimientos contradictorios. El europeísmo de los españoles se debe en parte a una disposición pronta y abierta de muchos de ellos a desempeñar su papel dentro del orden social europeo y, al mismo tiempo, a algo así como un optimismo alegre y despreocupado por su parte respecto al funcionamiento de las instituciones políticas europeas comunitarias, que pasa por encima del hecho de que éstas apenas rinden cuentas ni se someten al control de un público o un *demos* europeo, por la simple razón de que éste no existe como tal ni parece que vaya a existir a corto plazo. Los españoles parecen deseosos de formar parte del proceso europeo con escasa conciencia de la complejidad de éste. El hecho es que la Unión Europea es una entidad compuesta por comunidades nacionales que sólo se conocen entre sí superficialmente, en la que hay casi una veintena de lenguas nacionales, con una mayoría de la población que sólo habla la suya propia y es reacia a aceptar una sola como *lingua franca*; en la que la mayoría de los ciudadanos de cada país no tienen amigos ni parientes en los otros países, ni negocios o vínculos de asociación con sus ciudadanos, y en la que la movilidad laboral es bastante baja. Además, la Unión Europea, en cuanto comunidad política, tiene unas fronteras muy porosas que es difícil vigilar y defender, y está rodeada de países pertenecientes a tradiciones muy distintas hacia los cuales la UE tiene actitudes ambiguas y políticas erráticas, a la vez que se niega a mantener su gasto de defensa y es incapaz de adoptar una política exterior común.

Puede ser muy edificante ver a los españoles tan aparentemente dispuestos a asumir una identidad colectiva europea. Pero la admiración se temple con la sospecha de que esa disposición refleje una falta de comprensión de las condiciones reales que se requieren para que la Unión Europea funcione como es debido, y venga acompañada no de un análisis racional sino de un pensamiento voluntarista y mágico. También cabe que esa disposición nos esté revelando algunos rasgos del carácter cívico de los españoles, como podría serlo el de que se tratara de gentes no demasiado atentas a las cuestiones de rendición de cuentas y de responsabilidad políticas (no en vano tardaron y les costó mucho exigir cuentas por el terrorismo de estado y otros escándalos en los primeros años noventa), que se dan por contentas con que “las cosas marchen solas” y esperan que sea así en el caso de la “maquinaria política” de la Unión Europea.

Una política exterior tentativa, con apoyos débiles

La política exterior es relativamente extraña a las tradiciones contemporáneas españolas. Durante mucho tiempo, España ha alimentado una tradición de aislacionismo desde la Guerra de la Independencia contra los franceses a comienzos del siglo XIX, con

las únicas excepciones de una breve guerra contra los Estados Unidos a finales de ese siglo y una pequeña aventura colonial en Marruecos que siguió un curso intermitente durante el primer cuarto del siglo XX. Aparte de eso, el país se mantuvo al margen de las grandes contiendas europeas, mundiales en realidad, del pasado siglo. En contraste, fue un campo de pruebas para las potencias extranjeras durante el trienio de su propia y sangrienta guerra civil en la década de los treinta. De ella salió un estado autoritario que sólo mucho después encontraría sitio en la Alianza Occidental, en la que desempeñó un papel marginal.

La transición a la democracia fue la ocasión que esperaba una clase política ansiosa por integrarse en la Unión Europea y, con mucho menos afán, en la OTAN. Pero la forma en que los nuevos políticos quisieron distinguirse en la política exterior fue reveladora. Intentaron ser socios respetados de los clubes a los que se unían, acatar las normas y usos establecidos, y granjearse el respeto de los demás demostrando que hacían sus deberes escolares. Se sometieron a las severas estipulaciones del tratado original de adhesión a la Unión Europea como parte del rito iniciático, el *rite de passage*, de entrar en el club. Una vez dentro, comprendieron (rápidamente, y sin dejarse ofuscar por la retórica) que las reglas del juego estaban hechas para ser interpretadas como reglas de procedimiento de solución de los interminables conflictos distributivos que se producían en el seno del club, y lucharon por la porción de España en los fondos estructurales y regionales y por el porcentaje de votos y la influencia que le correspondían. Hacerse oír en cuestiones de peso vino más despacio, y mientras que el método socialista fue seguir a los franceses y alemanes, el PP ha preferido ponerse de acuerdo con los británicos. Pero incluso esas maniobras, que han deleitado a algunos observadores, han estado lejos de ser advertidas, seguidas y debatidas por el público en general, y ni siquiera por los medios de comunicación, a pesar de que el entendimiento del gobierno del PP con su homólogo británico durante estos años ha ido mucho más allá de lo táctico y sugiere una gran estrategia europea en ciernes, basada en un consenso en torno a una política exterior atlantista y un programa liberal en lo económico. El hecho es que la “comunidad de inteligencia”, compuesta por diplomáticos, periodistas, académicos, políticos, militares y expertos de varias clases, ha tardado en formarse y se encuentra todavía en sus primeros estadios.

Hasta fechas recientes la comunidad empresarial no se mostró muy inclinada a tomar parte en lo que sucediera en el escenario mundial. Durante más de un siglo, de hecho, el sector de la economía española orientado a la exportación de bienes y servicios al resto del mundo ha sido débil. Las tradiciones tardan tiempo en arraigar, y las actividades de la economía española orientadas a la exportación son recientes. Además, la mayor parte del empuje exportador (más allá de la Europa occidental) se ha dirigido a una zona del mundo que es la que tiene una menor distancia cultural con España. Los hombres de negocios españoles han escogido América Latina (en particular durante el

período 1995-2002), y probablemente lo han hecho, en gran medida, porque se parece a España en muchos aspectos; su familiaridad con el subtexto cultural de los negocios explícitos y formales que hacen, reduce los costes de transacción de las operaciones. Con el tiempo, puede ser una preparación para que la comunidad económica adquiriera un mayor conocimiento del mundo en general, pero no es el camino más rápido ni la *voie royale* para llegar a ese destino.

Tampoco la comunidad intelectual de los últimos veinte o treinta años se desarrolló como una comunidad plenamente cosmopolita (y hay que recordar que ya la guerra civil y sus secuelas habían debilitado los lazos entre la comunidad española y el mundo cultural occidental). La regionalización de la política ha reforzado las preocupaciones locales de muchos intelectuales. Se han multiplicado las tesis doctorales sobre nacionalismos locales y sobre procesos de formación de identidades colectivas a escala regional, gracias a los incentivos creados por las nuevas universidades locales, que son el fruto de un núcleo de políticos locales, iglesias y medios de comunicación locales, profesionales locales, eruditos y folcloristas locales, padres deseosos de tener a sus hijos cerca de casa e hijos reacios a abandonar el hogar paterno. El resultado han sido unas experiencias vitales confortables y poca curiosidad por el mundo exterior. De hecho, el conocimiento de lenguas internacionales es escaso y superficial¹⁴.

El test de las situaciones límites

Todas las consideraciones anteriores vienen a sugerir que los españoles tienen mucho camino por recorrer para familiarizarse con las realidades del mundo exterior y de la política exterior. De ahí una proclividad a seguir a la masa (lo mismo a “las masas de la calle” que a la “comunidad diplomática exterior”) o, alternativamente, a refugiarse en posturas simples y moralistas cuando hay que hacer frente a situaciones duras y difíciles, tales como la sucesión de acontecimientos en que el público se ha visto envuelto durante la presente guerra contra el terrorismo desde los hechos del 11 de septiembre de 2001 hasta los atentados en Madrid de marzo de 2004.

Expresar indignación moral ante el ataque a las Torres Gemelas de Nueva York fue relativamente fácil, a distancia. Apoyar a los Estados Unidos y otros aliados cuando la guerra del Afganistán, que se produjo lejos y acabó deprisa, tampoco fue una decisión ardua, aunque ello supuso asumir (por gran parte de la clase política) una responsabilidad por la guerra contra el terror preñada de consecuencias, como demostraron los atentados

¹⁴ Según datos de una encuesta de 1999, un 6,9% de los españoles ha vivido en otro país europeo durante más tres meses, un 4,5% ve emisiones de televisión extranjeras una o más veces por semana y un 3,4% lee un periódico o una revista extranjeros una o más veces por semana (ASP, 1999a).

de Madrid del 11 de marzo de 2004, que fueron justificados por los terroristas como una respuesta a la posición española tanto en la guerra de Iraq como en la de Afganistán.

En todo caso, adoptar una postura en la cuestión de Iraq ha resultado muy difícil. En 2002, una minoría importante de la población española quería reducir el gasto militar, y una mayoría amplia era contraria a un liderazgo fuerte de los Estados Unidos en el mundo, a pesar de que una mayoría semejante parecía preocupada por la posibilidad de que el terrorismo internacional actuase en suelo español. Asimismo, alrededor de una cuarta parte de la población española descartaba la idea de que una acción militar contra Iraq pudiera estar justificada incluso si hubiera pruebas de que Iraq poseía armas de destrucción masiva o había participado en los ataques terroristas del 11 de septiembre.¹⁵ Además, en febrero de 2003 los españoles estaban bastante convencidos de que Iraq poseía tales armas y vínculos con redes terroristas pero eran contrarios (en una proporción de 9 a 1) a una intervención militar.¹⁶

Estos datos parecen a primera vista desconcertantes, porque sugieren una visión alarmada de los peligros de una agresión y una voluntad dudosa de hacerlos frente. O quizá las gentes tienen esa voluntad, pero creen que pueden aplicarla evitando una acción militar. Quizá estemos en presencia de un número notable de personas que desconfían de la propaganda belicosa a la vez que aplican baremos morales muy elevados en el campo de las relaciones internacionales, y confían en que estos baremos se impondrán por sí mismos o por el efecto de declaraciones sucesivas de los organismos internacionales. O, alternativamente, que se trate de personas que no consideran que el peligro sea realmente tan grave, puesto que su país ha podido vivir hasta ahora con él. O tal vez tienen ciertas resistencias emocionales para afrontar un peligro real, acaso porque se han acostumbrado a vivir durante largo tiempo con el drama de un terror silencioso y prefieren esa clase de drama al de un choque abierto.¹⁷ O quizá se trata de personas inseguras en su comprensión de la política exterior, lo que puede ser el resultado de no haber estado expuestas a las realidades del mundo exterior durante mucho tiempo.

Esto plantea, a su vez, una serie de preguntas. Una es la de si las posturas adoptadas por los españoles, y sus políticos, sobre la cuestión de la guerra en general, sobre cada una de sus etapas por separado (Nueva York, Afganistán, Iraq, Madrid), y sobre

¹⁵ Según datos de una encuesta, un 42% de los españoles era partidario de reducir el gasto militar de España (un 18% era partidario de su aumento); el 62% era contrario a un liderazgo fuerte de los Estados Unidos, y el 65% se mostraba preocupado por la posibilidad de que el terrorismo internacional atacara en suelo español. E incluso si hubiera pruebas de que Iraq poseía armas de destrucción masiva o relación con los ataques del 11 de septiembre, un 22% y un 26%, respectivamente, eran contrarios a toda intervención militar en ese país (Real Instituto Elcano de Estudios, 2002).

¹⁶ Véase CIS (2003).

¹⁷ Como sugiere la experiencia del País Vasco (véase *supra*).

la cuestión más precisa de la modalidad de la intervención de España en cada una de ellas, son acertadas o equivocadas. No es éste un tema en el que entraré aquí. Pero sí quiero señalar que tanto o más interesante que esta serie de preguntas sobre la postura adoptada, es la pregunta acerca de si esta postura (cualquiera que sea) se ha adoptado *habiendo considerado* toda la gama de valores en juego, así como los costes y los beneficios, los riesgos y los peligros de una u otra actuación.

Aquí no se trata tanto de la decisión en sí cuanto de las *premisas* morales, emocionales y cognitivas de las que arranca la deliberación y en las que se basa la decisión. La cuestión es importante, porque *pueden* ocurrir las tres cosas siguientes. Primero, que una parte considerable de la opinión adopte su postura sin acabar de darse cuenta de la complejidad y la peligrosidad del mundo en el que está y dejándose llevar de ciertos sentimientos, básicamente, un sentimiento pacifista combinado con un sentimiento de temor, y un sentimiento de autoconservación. Segundo, que una parte de la clase política (el centro-derecha, por ejemplo) no se acabe de dar cuenta del país en el que está, y tome sus decisiones (por ejemplo, el relativo a la modalidad de la intervención española en la guerra de Iraq, similar pero más ostensible que las de Italia, Holanda y Polonia) sin acompañarlas de un trabajo de pedagogía cívica y de diálogo con la sociedad, olvidando que un gobernante no puede antagonizar frontalmente su opinión pública en una materia que conlleva riesgos que algún día pueden materializarse, e ignorando que es muy probable que se materialicen esos riesgos cuando se enfrenta uno a un enemigo como el terrorismo islámico. Tercero, que la otra parte de la clase política (el centro-izquierda) adopte su postura más por mimetismo del sentimiento popular (de paz, de angustia y de autoconservación), o por seguir la lógica de la rivalidad partidista, que por la aplicación rigurosa de la ética política de la responsabilidad (por utilizar el término de Max Weber), la que de quienes atienden tanto a los principios como a las consecuencias objetivas de los actos dadas las circunstancias de una guerra contra el terror que afecta a toda la comunidad occidental.

Los problemas implícitos en la *posible* debilidad de las premisas morales y cognitivas de aquellas posturas se han intensificado al límite con ocasión de los atentados de Madrid del 11 de marzo y las elecciones legislativas del 14. En un clima de duelo nacional y de choque emocional profundo ante la magnitud y la crueldad de los asesinatos (en torno a doscientos muertos y mil quinientos heridos, aprisionados en vagones de trenes que habían ido explotando) y ante la inminencia de unas elecciones en apenas tres días, con los sentimientos partidistas a flor de piel, se desarrolló un drama singular. En las palabras de algunos corresponsales extranjeros, “durante dos días después del ataque los expertos internacionales y los investigadores locales dijeron que era demasiado pronto para decir quién lo hizo..., pero el gobierno de Aznar impulsó la tesis [de la autoría] de ETA

con fuerza”.¹⁸ En otras palabras, el gobierno no ocultó la evidencia pero cometió un grave error de juicio. El gobierno comenzó, el mismo día de los atentados, apresurándose a sacar conclusiones de una investigación en marcha, y aparentemente hizo suya la interpretación del Centro Nacional de Inteligencia (que a su vez basó su diagnóstico en evidencia circunstancial y en un análisis del contexto político, como puede verse en los papeles desclasificados por el gobierno, y publicados por la prensa, el 19 de marzo) para manifestar su convicción de la autoría de ETA.¹⁹ A continuación, fue poniendo a disposición del público un flujo de información (la aparición el jueves 11 de una furgoneta con una cinta con versos coránicos y detonadores, y de una mochila, el viernes 12, con explosivos, detonadores y un teléfono móvil que podía servir de temporizador) que, por el contrario, parecía respaldar la hipótesis del terrorismo islámico, mientras que se empeñaba en una variante de su interpretación inicial que daba prioridad a la autoría de ETA aunque reconocía la plausibilidad de la hipótesis islamista.²⁰ Este hiato parcial entre la evidencia y la interpretación produjo desconcierto y desconfianza, tanto más cuanto que

¹⁸ Véase Witzthum y Carreyrou (2004).

¹⁹ Así lo hizo constar a gobiernos extranjeros y periodistas. En general, la prensa internacional reaccionó con prudencia y escepticismo; la prensa local tuvo varias reacciones: algunos periódicos cambiaron los titulares de la primera página del día siguiente y atribuyeron la autoría a ETA, haciendo suya la convicción del gobierno (por el ejemplo, *El País*), mientras que otros mantuvieron unos titulares sin atribución de autoría (por ejemplo, *El Mundo*).

²⁰ En medio de un sinnúmero de alegaciones y contra-alegaciones en torno al manejo de la información por parte del gobierno, lo que se puede colegir, por el momento, de la publicación de los papeles desclasificados del CNI es que hubo una contradicción entre el flujo de la información ofrecida por el gobierno al público, que se atenía a los hechos, y el flujo de las interpretaciones dadas por ese mismo gobierno, con un exceso de énfasis en la atribución de la autoría a ETA que no se correspondía, conforme pasaba el tiempo, con ese mismo flujo de información. Los atentados tienen lugar en torno a las 8 de la mañana del jueves 11 de marzo; y un informe del CNI de las 15:51 considera “casi seguro” que ETA es autora del atentado. Sin embargo, ETA no se lo atribuye, sí hay una supuesta atribución por parte del terrorismo islámico y aparece una furgoneta con “una cinta en árabe” y una serie de detonadores, de todo lo cual se informa al público, y ello da lugar a que, a las 20:20, el gobierno anuncie una segunda línea de investigación (“la pista árabe”), aunque se reitera en su primera impresión de que la principal sospechosa es ETA. El carácter de la evidencia va evolucionando a lo largo del día siguiente, viernes 12. A las 2:40 aparece un aparato explosivo en una bolsa (que se hace explotar más tarde) y, sobre todo, a las 18:00 el gobierno informa de la aparición de una bolsa con explosivos, un detonador y un teléfono móvil que actúa como temporizador. Esa tarde tiene lugar la manifestación de dos millones de personas en Madrid contra los atentados, y manifestaciones multitudinarias en un sinnúmero de ciudades españolas, en un ambiente de dolor, serenidad, pero también de cierta indecisión popular respecto a la atribución de la autoría de los mismos. El sábado 13 el clima y el foco de la opinión pública cambian al tiempo que a las 16:00 se detienen “siete sospechosos” y a las 20:00 el ministro del Interior anuncia, en efecto, la detención de tres marroquíes, dos indios y dos españoles por su vinculación con la venta del teléfono móvil encontrado en la bolsa, lo que confirma la hipótesis de que se trata de un atentado del terrorismo islámico; a ello sigue, a las 00:45, una comparecencia del ministro del Interior que da cuenta de algunas otras informaciones en el mismo sentido.

la evidencia siguió acumulándose y el gobierno anunció el sábado 13 la detención de tres marroquíes, dos indios y dos españoles como sospechosos en conexión con el teléfono móvil descubierto. Para este momento el clima emocional se había deteriorado y, en medio de un cruce de acusaciones recíprocas, tuvo lugar una campaña de hostigamiento al gobierno de una virulencia sin precedentes en plena jornada de reflexión del día antes de las elecciones, con acoso a las sedes del PP, acusaciones de “mentira de estado”, infundios acerca de un golpe de estado, y abuso de los medios para hacer campaña electoral de última hora. Es decir, asistimos a una regresión notable a la incivildad política por primera vez en la historia electoral de la reciente democracia española.

En ese clima se fraguó un cambio decisivo en la intención de voto de los españoles. Para la mayor parte de los comentaristas (pero no para todos), hasta una semana antes de las elecciones la pregunta era cuál sería la magnitud de la victoria del PP; conforme se acercaba el momento parecía que las posiciones se acercaban y los sondeos casi inmediatamente anteriores al día de la elección, o incluso del día de la elección, sugerían una victoria estrecha para alguno de los dos bandos. Pero el *crescendo* emocional de los últimos días y las últimas horas provocó un aumento extraordinario de la participación (incluyendo la afluencia de un millón y medio de votantes que se habían abstenido en la elección anterior) y un vuelco a favor de los socialistas.

La interpretación más obvia de este vuelco es que un segmento crucial del electorado castigó a un gobierno que había comprometido a España en la guerra de Iraq sin contar con el respaldo de la opinión pública, y, por tanto, debía asumir (el gobierno, no el país) las consecuencias políticas de la materialización del riesgo consiguiente. A la razón del castigo mirando al pasado se sumó un cálculo de probabilidades mirando al futuro: que optar por un gobierno socialista que prometía anular aquel compromiso (aun cuando aparentemente dejaba abierta la puerta de permitir que las tropas se quedaran en Iraq, o fueran a Afganistán, bajo la cobertura de las Naciones Unidas) reduciría la probabilidad de nuevos atentados terroristas en el futuro. Estos razonamientos se desarrollaron en el contexto de un estado emocional confuso, en el que se mezclaron sentimientos reactivos de duelo, tristeza y angustia con otros de ira, que algunos focalizaron en el gobierno, convertido así en un chivo expiatorio que permitía una descarga de la agresividad y de la angustia colectivas.

El tiempo irá colocando en perspectiva estos acontecimientos dramáticos y permitirá un mejor análisis de los mismos.²¹ Es probable que, antes o después, la opinión pública torne su atención del pasado al futuro. Cuando lo haga, es muy posible que los

²¹ Por un lado, ello permitirá, quizá, ver el efecto que tuvo sobre el electorado el manejo de la información sobre la autoría de los atentados por parte del gobierno; por otro lado, ello permitirá, quizá, aclarar el problema de los instigadores y financiadores últimos de los atentados (más allá de las primeras apariencias).

sentimientos del público experimenten una evolución, y que junto a los sentimientos de un pacifismo de la persuasión, la cautela y la autoconservación, vayan aflorando otros de disposición a la autodefensa, la búsqueda de la justicia y la aceptación de un riesgo inevitable, tanto más cuanto que el terrorismo seguirá actuando al ritmo y en la medida que le marquen sus propios motivos e intereses. Por otra parte, es de prever que, antes o después, la respuesta de España tienda a situarse dentro de la de una comunidad occidental que tiene sus reglas de juego y sus propias percepciones del peligro, y es obvio que esta comunidad (incluyendo la europea, pero también la parte de la sociedad norteamericana dispuesta a votar al candidato demócrata en las elecciones de noviembre de 2004) no está interesada en permitir que se consolide el precedente de que una democracia recompense, o se perciba que recompensa, el asesinato masivo de sus ciudadanos plegándose a las exigencias de los terroristas de turno.

Un primer análisis del acontecimiento sugiere que éste es un test del carácter de los sujetos que deben afrontar el futuro, cualquiera que éste sea. Por un lado, al nivel de la sociabilidad cotidiana, la sociedad española reaccionó admirablemente a los atentados. Basta mirar a la respuesta colectiva espontánea a la situación de emergencia inmediata de los atentados de Madrid: la actuación dispuesta y compasiva de miles de gentes ordinarias, voluntarios, personal médico y sanitario, taxistas, psicólogos, funcionarios civiles o policías, acudiendo a la necesidad del momento con eficacia y con serenidad, atendiendo a las víctimas, cuidando los restos, buscando los culpables, restaurando el funcionamiento de las cosas, y tratando de poner orden y sentido en las experiencias de todos.

Pero, por otro lado, al nivel de la vida política, el espectáculo ha sido desconcertante e inquietante. Bajo la presión de unas condiciones extremas, “se han perdido los papeles”. Hemos asistido a apresuramientos, astucias, errores de juicio, orquestaciones de la opinión, torpeza a la hora de manejar la información, excesos partidistas, falta de respeto mutuo, desprecio de la legalidad y división emocional y moral del cuerpo electoral. Todas estas debilidades se han dado cita en un momento simbólico solemne: el de unas elecciones legislativas que deberían ser la ocasión para la celebración de la unidad de la nación política en torno a las instituciones de la democracia liberal. La ceremonia de la unidad se ha convertido en una ceremonia de la confusión y de la división. Pero además, en estas circunstancias, el contenido mismo de la elección ha dejado pendiente de decisiones futuras la contestación a una pregunta fundamental: la de saber si esta sociedad tiene los medios necesarios (incluido el de permanecer unida en situaciones difíciles) y, sobre todo, el realismo y el temple precisos para dar una respuesta política y defensiva eficaz al terrorismo internacional y, por lo tanto, para sobrevivir y afirmar su identidad como una sociedad abierta en las condiciones muy peligrosas de nuestro tiempo.

Se van aportando elementos para un debate sobre política exterior

Dicho lo anterior, cabe argüir que “la lógica de la situación” está empujando a los españoles a enterarse de la realidad del mundo en el que están y a afirmarse con voz propia en él, dando un contenido específico a esa voz que no sea el de repetir las voces de otros. Esa lógica es no sólo la de los acontecimientos dramáticos a los que acabo de referirme, sino también la de una mutación histórica interna que ha tenido lugar en estos años.

El país ha cambiado profunda y cualitativamente, y, si nos fijamos en algunos datos básicos, a mejor, en estos últimos diez años. Basta pensar en lo sucedido con el empleo. Entre mediados de los setenta y finales de los ochenta la cifra de empleo no pasó el techo de 12 a 13 millones de ocupados, y osciló entre 13 y 14 millones hasta la segunda mitad de los noventa. En los ocho años siguientes se da dado un salto a 17 millones (en el 2003). La tasa de paro se sitúa en torno al 11 por ciento para el conjunto del país; pero las disparidades son importantes: en regiones como Extremadura y Andalucía la tasa es del orden del 17/18%, en regiones como Madrid y el valle del Ebro (Navarra, la Rioja y Aragón) se sitúa en torno al 6/7%. En los años sesenta el crecimiento vino asociado a migraciones internas y emigración a Europa. Entre los setenta y los noventa, el crecimiento, cuando lo hubo, generó poco empleo. Ahora el crecimiento crea mucho empleo y atrae un mundo nuevo de inmigrantes. Es otro mundo.

Ese crecimiento económico viene asociado a la percepción de la presencia de empresas españolas “multinacionales”, operando en todas partes pero sobre todo en Iberoamérica, y acompañadas por múltiples empresas medianas y pequeñas orientadas a la exportación. No estamos hablando de una economía de meros servicios personales, sino de una con empresas potentes en muchos campos, financiero, de telecomunicaciones, de energía, de construcción. Todo esto está detrás, o en el fondo, de las cifras de crecimiento sostenido del país, en tiempos tanto de bonanza como de crisis internacional. Cifras mejores que las de otros países europeos, y conseguidas respetando las reglas del pacto europeo de estabilidad y crecimiento.

El espectáculo de una economía que funciona y cuyos efectos, tangibles e innegables, suenan más reales que los discursos que los niegan de la oposición política del momento, ha dado al país un sentimiento de seguridad en sí mismo. Y la implicación de este sentimiento ha sido percibir que “se tiene un peso” y se puede reclamar “un respeto” en un club de países europeos en el que se había entrado con prudencia y cierta sensación de inferioridad (por el pasado franquista y el retraso económico). Ha llegado el momento de requerir un sitio en condiciones de igualdad con los países de referencia habitual en el imaginario colectivo de los españoles: Inglaterra, Francia, Alemania, Italia; de ser parte del “núcleo”.

Pero ese sentimiento de seguridad y el afán de tener una voz propia necesitan darse un contenido, y uno que no dependa de la opinión del partido del momento sino que se desprenda de la propia experiencia del conjunto del país durante estos años.

Hay dos elementos de esta experiencia que conviene tener en cuenta. Por una parte, el éxito de la economía española a lo largo de los últimos años ha sido el de una política económica relativamente liberal bastante coherente y sostenida en el tiempo, que ha hecho una apuesta por el dinamismo de la economía de mercado. Esta apuesta era ya visible en los intentos de ajuste de Pedro Solbes, ministro socialista, entre 1993 y 1996, y ha sido central en la estrategia desarrollada por Rodrigo Rato, ministro del PP, entre 1996 y 2004 (y lo seguirá siendo, probablemente, con Pedro Solbes, de nuevo ministro socialista de la Economía, a partir de 2004). Por otra parte, la experiencia de la expansión económica allende el Atlántico ha reforzado la imagen de España de sí misma como un país atlántico, que tiene un interés geoestratégico permanente en reforzar el puente entre Europa y América, norte y sur (y con el Norte de África). Estos datos son básicos para definir los intereses del país a muy largo plazo y tienden a modular la variedad de nuestro europeísmo (con cierta independencia respecto a las ideas y la retórica del partidismo político). La lógica de estos datos, de esta situación, apunta a un interés geohistórico español por establecer un contrapunto a una Europa corporatista y estatista, una Europa que derive hacia un enfrentamiento con los Estados Unidos, y una Europa dominada por un núcleo franco-alemán.

Ahora bien, ¿cabe deducir de esta “lógica de la situación” que el país esté en condiciones de asumir en estos momentos la política exterior que corresponde a estos datos básicos?. Obviamente no cabe llegar a esta conclusión, porque nos falta la fase intermedia de un debate público sobre estos temas, amplio y actualizado.

Mientras el proceso histórico sigue su curso, nuestro debate es anémico y tiene un retraso de diez a veinte años. Está anclado en las experiencias del crecimiento económico de los años sesenta, la transición democrática de los setenta y el ingreso en la Unión Europea en los ochenta. Todas estas experiencias reforzaron el efecto de una tradición histórica mucho más dilatada. Todavía pesa en el imaginario colectivo una tradición histórica a favor de una política de seguimiento de las iniciativas francesas y alemanas que parece ser el de casi toda nuestra historia moderna, bajo las dinastías de los Habsburgos o de los Borbones, dominada por una actitud de acompañamiento y ejecución fiel (y con cierta bravura) de las grandes estrategias del imperio y de los “pactos de familia”. Después vino un largo periodo de ensimismamiento, aislamiento y cultivo del “problema de España”, con sus conflictos distributivos inacabables y sus ribetes metafísicos. De todo ello ha quedado en el país, y en sus elites, un poso de etnocentrismo mezclado con una actitud de deferencia hacia Francia y Alemania. Queda pues por recorrer un largo camino de debate público antes de que el país repiense su propia historia, mire alrededor, adquiera

confianza en su propia voz, y la sepa proyectar en un espacio público europeo todavía en proceso de formarse.

4. Vamos hacia una sociedad civil, pero ¿quién es el “nosotros” que va?

Sobre el “yo autobiográfico” de España

Permítame el lector que le recuerde la secuencia de pasos dados en las secciones anteriores. Aun introduciendo el contrapunto de matices y cautelas, he sugerido que, en general, en la vida política española del fin de siglo pasado y comienzos del actual no había una inclinación fuerte a anticipar el futuro, ni una identidad colectiva precisa, ni un sentido robusto del lugar de España en el mundo..., y quizá tampoco recuerdos colectivos nítidos. Con todo ello, adonde quiero ir a parar es a lo siguiente. Suponiendo que queramos entender el proceso por el que una sociedad civil surge, o se desarrolla, o incrementa el grado o la calidad de su “civilidad”, la pregunta es: ¿cómo entender al agente colectivo embarcado en ese proceso? Y puestos a entender cómo funciona ese ente colectivo, la pregunta es, ¿cómo podemos explicar un ente que parece tener una capacidad limitada para entender sus propios recuerdos más allá de cierto punto, proyectar su futuro si no es en los términos más genéricos y situarse en el mundo de alrededor?

Para explorar estas cuestiones, una posibilidad es servirse de la analogía entre el agente individual y los agregados sociales, y tomar prestados, para usarlos *cum grano salis* y bastante libertad, esquemas conceptuales que se están desarrollando en otros ámbitos académicos.

Podemos empezar por la analogía entre la “corriente histórica” (*stream of history*) de un sujeto colectivo, por ejemplo una nación, y la “corriente de la conciencia” (*stream of consciousness*) del agente individual. En ambos casos hay un agente que cambia y que, a pesar de ello, conserva su identidad. El neurofisiólogo Antonio Damasio ha propuesto una manera de resolver la aparente paradoja que señaló William James, de que “el yo” (o el “uno mismo” o el “sí mismo”, *the self*) de nuestra “corriente de la conciencia” cambie continuamente en el tiempo y sin embargo mantengamos la sensación de que sigue siendo el mismo (Damasio, 2000). Según Damasio, la solución está en que “el yo que parece cambiar y el yo que parece permanecer no son una sola entidad sino dos”. El yo que cambia continuamente es el “yo nuclear”, mientras que “el yo que parece seguir siendo el mismo es el ‘yo autobiográfico’, basado en un depósito de recuerdos de hechos fundamentales en la biografía individual, que en parte se pueden reactivar y de ese modo suministran continuidad y permanencia aparente a nuestra vida” (Damasio, 2000: 217). “Sin esos recuerdos autobiográficos no tendríamos sentido del pasado ni del futuro, no habría continuidad histórica de nuestras personas” (*ibidem*: 218).

Un caso extremo en el que un agente humano mantiene la conciencia nuclear pero sufre un deterioro grave del yo autobiográfico es lo que se conoce como “amnesia global transitoria”. Según Damasio, se cree que estos pacientes conservan lo que él llama una “conciencia nuclear” de los sucesos y objetos que experimentan aquí y ahora; pero para ellos, “a pesar de tener una conciencia adecuada de los objetos y acciones presentes, la situación carece de sentido porque sin una autobiografía actualizada el aquí y ahora es sencillamente incomprensible”. En efecto, se dice que “sin un origen de procedencia para la colocación actual de los objetos y una motivación para las acciones actuales [(que el yo autobiográfico suministre)], el presente no es más que un acertijo”. Por eso esos pacientes “repiten continuamente las mismas preguntas angustiadas: ¿Dónde estoy? ¿Qué hago aquí? ¿Cómo he llegado aquí? ¿Qué estoy haciendo? Pero los pacientes tienden a no preguntar quiénes son. Es frecuente que tengan un sentido básico de sus personas, aunque ese sentido esté empobrecido” (Damasio, 2000: 203).

Un país como España no es un individuo, y desde luego no pretendo insinuar que un estado neurofisiológico como el de la amnesia global transitoria pueda haber afectado a la sociedad española de nuestros días. Pero por analogía cabe sostener que estemos tratando aquí, en el caso de la España de hoy, con algo así como un caso moderado de amnesia parcial: algo así como una adhesión borrosa y no muy fuerte a una identidad colectiva; algo así como una sensación débil de tener un “yo autobiográfico” (que tuviera una memoria sólida de hechos fundamentales), y algo así como una sensación intensa del aquí y ahora, unido todo ello a una escasa preocupación por el pasado y el futuro.

España, Europa, Estados Unidos...

La solución a un yo débil no es la huida hacia adelante para sumergirse en una Europa entendida como un “nosotros” más fuerte, por la simple razón de que Europa es un compuesto de países que tienen, en general, debilidades análogas a las nuestras.

En efecto, ¿acaso aquellos caracteres de borrosidad y de debilidad son privativos de la sociedad española de hoy, o más bien resultan familiares para los observadores de otras sociedades europeas contemporáneas? Lo cierto es que muchas de ellas tienen alguna dificultad para articular su yo autobiográfico en torno a memorias estables y vivas. La mayoría de las sociedades de la Europa continental tiene problemas para remitirse a una historia que sea pertinente para el momento actual, esto es, una historia que ellas estén dispuestas a activar para hacer frente a los desafíos actuales, que se remonte más allá de los últimos treinta años (¿en el caso de España?) o de los últimos cincuenta o sesenta años (¿en los casos de Francia, Italia o Alemania?). En el momento en que se vuelven a mirar al pasado pertinente, se centran en las transiciones democráticas posteriores a la guerra mundial y dejan fuera de foco lo anterior. En un pasado más lejano hay “historias que

contar”, pero sólo excepcionalmente encontramos recuerdos que los europeos realmente activen para entender lo que habría que hacer hoy.

Es una situación llamativa si se compara con la de los Estados Unidos, donde mucha gente está acostumbrada a volver la vista atrás no algunos decenios sino un par de siglos, hasta la fundación del país, y donde se recurre una y otra vez a una narración que enlaza los orígenes históricos con los problemas actuales. La activación que hacen los estadounidenses de la memoria de los hechos fundamentales de ese relato se produce muchas veces sin premeditación, como algo que se les presenta de manera casi espontánea cuando intentan entender lo que está pasando, y normalmente no les resta capacidad para solucionar los problemas del momento, a la vez que sirve para mantener la comunidad política más o menos intacta.

En contraste, las naciones europeas, a pesar de tener una historia de uno o dos milenios, parecen avergonzarse de su pasado e inclinarse a olvidarlo; y de hecho la solución de sus dilemas actuales puede verse más dificultada que facilitada por la evocación de aquél. Piénsese, por ejemplo, en la lucha por la hegemonía en Europa que se está librando so capa de una contienda diplomática en favor o en contra de un liderazgo franco-alemán. Parece que este debate interno en curso requiere un manejo del pasado tan delicado como complejo. Si no fuera así, si “se fuera de las manos”, invitaría a activar recuerdos intensos de las guerras intraeuropeas, que en gran medida fueron los “hechos fundamentales” del “yo autobiográfico” de todos los estados nacionales europeos en la época moderna, y que, apuntando hacia divisiones profundas, suscitan fuertes sentimientos de desconfianza mutua²².

En otras palabras, para los europeos la tarea de construir una identidad común y dar pasos razonables hacia el futuro puede verse ayudada por el camino recorrido de ajustes paulatinos y acomodados recíprocos de los últimos sesenta años, pero entorpecida por la necesidad de hacer “trabajos de reparación” de sus “yoes autobiográficos”, cuyos “hechos fundamentales” siguen apuntando a la primera mitad del siglo XX, y también a un pasado más lejano.

La conclusión es que si como “buenos europeos” queremos una Europa fuerte, cada uno de nosotros (españoles, italianos, polacos, franceses o alemanes) tenemos que comenzar por robustecer el “yo autobiográfico” que nos corresponde, evitando un exceso de orgullo que nos lleve a un delirio de grandezas, pero también un exceso de humildad que nos empuje a perdernos en la multitud.

²² Esa desconfianza es endémica en la Unión Europea desde el principio. En cierto sentido, la arquitectura de la UE se diseñó como una especie de equilibrio entre los objetivos de liderazgo de Francia y Alemania (y a su tiempo de otras naciones grandes) y la determinación de los estados pequeños de no dejarse mandar por ellas.

Reparaciones civiles y ciudadanos ejemplares

De vuelta al caso de cada país, España en esta ocasión, la pregunta es ¿qué puede hacer una sociedad que quiere reforzar su “yo autobiográfico” para “civilizarse”?; y la primera respuesta, obvia, es que tiene que echar mano de sus instituciones, de sus políticos y sus ciudadanos para reparar las incivildades que surgen y resurgen continuamente en su seno, y a veces se agravan peligrosamente. Los mercados, las empresas, las familias, las asociaciones de todas clases, las iglesias, los medios de comunicación: todos pueden contribuir a la tarea, a condición (naturalmente) de que estas organizaciones sean “civiles” o estén en el proceso de serlo.²³ Por supuesto que la política es crucial al respecto, no sólo en su dimensión sustantiva (instituciones, políticas públicas, acción de los partidos) sino también en su dimensión simbólica. Por mor de la brevedad y a título ilustrativo permítame el lector que me refiera ahora, sucintamente, a un aspecto de la política simbólica que suele ignorarse: al papel civilizador que pueden tener los políticos y, sobre todo, los ciudadanos “ejemplares”.²⁴

Los políticos ejemplares (“ejemplares” desde el punto de vista de una teoría normativa de la sociedad civil) pueden “estar arriba”, y ser hombres (y mujeres) de estado a la manera de Pericles. Pero quizá interesan más, a largo plazo, quienes están “en medio” o “abajo”, entre la ciudadanía: ciudadanos decentes y sensatos, dispersos por el cuerpo político y en gran medida indistinguibles del público pero respetados en sus respectivos círculos (que no tienen que ser muy amplios). Estos individuos ejemplares hacen su labor de reparaciones civiles cotidianas mediante el ejemplo de su conducta tanto o más que por su exhortación, y su virtud cívica tiene efectos tanto cognitivos como morales.

Estos efectos pueden ser muy importantes. Por ejemplo, para que una sociedad libre sobreviva y desarrolle una *persona* civil o civilizada es preciso que el nivel de engaño y borrosidad en el espacio público no sobrepase cierto nivel. Conviene que “decir la verdad” sea un hábito frecuente. En la medida en la que estos ciudadanos ejemplares digan

²³ Se deduce que todos esos conjuntos de instituciones pueden ser totalmente “inciviles”. Es obvio que todos ellos pueden someterse al engaño y la violencia desde dentro y desde fuera. Los mercados pueden ser manipulados por unos pocos. Las democracias liberales pueden ser víctimas del régimen autoritario de las elites, así como de la demagogia y la política de masas populista o totalitaria. Las redes sociales (la sociedad civil en sentido restringido) pueden convertirse en correas de transmisión de partidos totalitarios u organizaciones terroristas. La esfera pública puede sufrir igualmente de histeria colectiva o manipulaciones de diversa índole. Todas estas posibilidades muy reales requieren vigilancia continua y “reparaciones civiles”. Otro enfoque distinto de la reparación civil es el que propone Alexander (2001), que encaja con su visión minimalista (a mi juicio) de la sociedad civil (Pérez-Díaz 1998b, y Alexander 1998).

²⁴ Este breve apartado trata de algunos efectos de la política simbólica para el futuro de una sociedad civil; para un examen de la política y las políticas sustantivas (diseño institucional y políticas públicas de diversa índole) en su aplicación al futuro de España como sociedad civil (liberal) véase (Pérez-Díaz 2002b).

la verdad (según su leal saber y entender) reducirán la probabilidad de éxito de los demagogos, en su intento de ofuscar a sus conciudadanos con el objetivo de manipularlos. Pueden ayudar a la comunidad a que tenga conciencia de dónde viene, o al menos adquiera algunas claves sobre su origen, y a que sepa los motivos de sus acciones presentes y dónde se sitúa dentro de un mundo exterior siempre un poco misterioso. Con ello, pueden aportar *enfoque, contexto y perspectiva* al debate público: algo que la comunidad necesita imperiosamente para afrontar sus peligros presentes, para actuar y para hacer que sus dirigentes rindan cuentas a su debido tiempo. Para todo esto no se precisa que los ciudadanos ejemplares sean sabios; basta con que transmitan su experiencia de la vida, con criterios de buen sentido y honestidad intelectual, y la apliquen a los asuntos públicos. Sus saberes no se articulan en una enciclopedia o en un consejo de sabios, sino que se dispersan por todo el cuerpo social. Aportan no sólo su lucidez, sino también su coraje para mantener su independencia de juicio, para resistir el abuso de la autoridad (incluida la de los expertos y los medios de comunicación), y para dar vida a un tipo de conversación social que no degenere y acabe en desprecios mutuos, resentimientos acerbos y la destrucción de la comunidad.

En el extremo opuesto se sitúan los políticos (“contra-ejemplares”) que mantienen a la mente pública desenfocada y distraída, alejada de los desafíos presentes y del inminente peligro, que manipulan las peores emociones del público (la angustia y la envidia, por ejemplo), que dividen el cuerpo social, y que sustituyen un debate público razonable por una combinación de “gritos y susurros”, de slogans y consignas. Los políticos de este tipo son nefastos y, si se les deja florecer sin obstáculos, pueden debilitar el potencial de civilidad de la sociedad y contribuir a su liquidación final.²⁵

Un escenario histórico inquietante

Las mejoras graduales, las reparaciones civiles y las reformas continuas de una sociedad pueden ser favorecidas o perjudicadas por el contexto internacional. El futuro puede presentarse como un tiempo de bonanza, o de tormenta; y las consecuencias de que sea de una forma u otra difieren enormemente.

Vistos con la perspectiva que dan los últimos acontecimientos, los años noventa han sido de bonanza. A pesar de sus crisis políticas internas, los españoles han contado con un marco institucional estable y han podido desarrollar en él sus virtudes domésticas. En sus diferentes figuraciones, como partícipes en asociaciones voluntarias, agentes de mercado o miembros de familias, los españoles se han esforzado en trabajar duramente,

²⁵ Naturalmente los “antiejemplos” o “contraejemplos” pueden ser variadísimos, incluyendo políticos depredadores, militantes fanáticos, súbditos serviles, etcétera, etcétera.

en crear empresas capaces de salir adelante, en sustentar y mantener unidas sus familias y cuidar sus parientes, en expresar sus deseos de libertad, tolerancia y solidaridad, y, en general, en construir y reconstruir su sociedad día tras día. Ello se ha reflejado en sus virtudes cívicas, sus votos, comprensibles, en cada ocasión, y la civilidad de la vida política en general.

Sus expectativas de futuro han reflejado esa experiencia. Sabemos por encuestas recientes llevadas a cabo en vísperas de los sucesos del 11 de septiembre de 2001 y de la crisis de Iraq de 2002-2003 que, al menos en esos momentos de calma, los españoles vivían, en su mayor parte, bajo la impresión de tener unos horizontes bastante esperanzadores.²⁶ Imaginaban un futuro de mejora económica, mejores y más variadas condiciones de trabajo, más actividades culturales de todo tipo, una vida social bastante intensa (entre amigos y en círculos íntimos en primer lugar, pero también con algún grado de vida asociativa) y familias más fuertes (con relaciones de mayor igualdad entre los sexos y entre las generaciones). Manifestaban una apertura confiada hacia una parte del mundo exterior (tenían planes de viajar y trabajar en Europa, estaban encantados de formar parte de la UE, por ejemplo), que estaba matizada, por otra parte, por una creciente preocupación por las cuestiones (interrelacionadas) de la inmigración, la delincuencia y el orden público. Se declaraban más que nunca defensores de las instituciones básicas de una democracia liberal, y propensos a votar en el futuro más al partido que les pareciera capaz de resolver los problemas colectivos que a aquél por el que sintieran un apego ideológico y sentimental (lo que podría ser indicativo, quizá, de una actitud relativamente razonable y poco tribal hacia los partidos políticos).

Ahora bien, durante estos años esta experiencia local ha tenido lugar en el marco de un escenario internacional relativamente apacible, dominado por una aplicación de políticas difusas por parte de los países occidentales y por la agitación diplomática y mediática en torno al manejo a distancia de un rosario de tragedias locales (en los Balcanes, en África, en el Oriente Medio, por ejemplo), de las que el público occidental se enteraba al encender la televisión a la hora de cenar, mientras la expansión de los mercados mundiales seguía adelante y se evitaban guerras mayores. En ese contexto relativamente “benigno” se ha supuesto que la democracia liberal española, su economía de mercado y su estado de derecho irían mejorando, y que lo que se necesitaba para ello era, sobre todo, dar tiempo al tiempo.

Pero ahora el tiempo corre en otra dirección. El 11 de septiembre, la guerra de Iraq y los atentados del 11 de marzo son los signos anunciadores de un cambio profundo en el escenario de la historia mundial. La saga optimista de la globalización ha de ser

²⁶ Todas las observaciones siguientes en el resto del párrafo se sostienen sobre datos recogidos en 1998-2000 (siendo sus fuentes principales ASP 1998a, 1999a, 1999b y 2000).

reemplazada por una narrativa abierta y compatible con varios desenlaces, incluyendo algunos muy sombríos. Para que las sociedades occidentales eviten estos últimos y se acerquen al modelo de la sociedad civil *tendrán que ser movidas* en esa dirección por muchísimas personas que sean conscientes de las circunstancias trágicas a las que se enfrentan, y estén dispuestas a hacer, con este propósito, enormes inversiones de su inteligencia, su instinto de libertad, su capacidad de coordinación, su coraje cívico y su capacidad de resistencia. A las sociedades occidentales y a cada uno de sus miembros les espera una prueba tan dura como reveladora de su verdadero carácter. Pueden salir adelante en su empeño, o no; y no lo harán si se niegan a ver los problemas que les rodean.

Si las cosas dan un giro a peor, la comunidad occidental puede escindirse y los escenarios que habían sido descartados como pesadillas de ciencia ficción se pueden materializar, con su cortejo apocalíptico de guerra, muerte, enfermedad y hambre. Como resultado de la proliferación de armas de destrucción masiva y de la acción de redes terroristas, estados delincuentes y asociaciones predatorias de varios géneros, podemos acabar en una situación en la que las sociedades que intentan ser civiles se encuentren simplemente luchando por su supervivencia. Que éste no sea un panorama de color de rosa no significa que sea impensable. Puede llegar alternándose el deterioro gradual de una serie de situaciones locales con momentos de ruptura del equilibrio a escala más amplia. Es obvio que esta posibilidad encarece la importancia de las instituciones civiles y la necesidad de reforzar los puntos débiles de todas las sociedades occidentales, España entre ellas, sin excepción.

Sobre las bases que hay, sobre cimientos a medio fraguar, pero con la tenacidad y la determinación que da saber que no hay alternativa digna a lo que no sea seguir adelante por el camino de una sociedad libre y abierta, cada nueva generación ha de cobrar ánimo, estar alerta ante los focos de incivildad que pueden desarrollarse dentro y fuera, afanarse en las reformas y las reparaciones civiles necesarias con paciencia, y ser consciente de que la tarea, interminable, carece de garantía última de éxito.

Referencias bibliográficas

Alexander, Jeffrey (ed.) (1998), *Real civil societies: dilemmas of institutionalization*, Londres, Sage.

Alexander, Jeffrey (2001), "Robust utopias and civil repairs", *International Sociology*, vol.16, 4 (diciembre): 579-592.

Analistas Socio-Políticos (ASP) (1998a), *Encuesta sobre expectativas y visión de futuro de la sociedad española. Parte I (ASP 98.011)*.

Analistas Socio-Políticos (ASP) (1998b), *Encuesta sobre la visión del presente y el futuro en el País Vasco (ASP 98.014)*.

Analistas Socio-Políticos (ASP) (1998c), *Encuesta de opinión pública sobre la situación en el País Vasco (ASP 98.015)*.

Analistas Socio-Políticos (ASP) (1999a), *Encuesta de opinión pública sobre ciudadanía europea y procesos de integración europea (ASP 99.019)*.

Analistas Socio-Políticos (ASP) (1999b), *Encuesta de opiniones y actitudes ante el riesgo (ASP 99.021)*.

Analistas Socio-Políticos (ASP) (2000), *Encuesta sobre actualidad política (ASP 00.024)*.

Centro de Investigaciones Sociológicas (CIS) (2003), *Barómetro de Febrero. Estudio nº 2.481. Febrero 2003* (disponible en www.cis.es).

Damasio, Antonio (2000), *The feeling of what happens: body, emotion and the making of consciousness*, Londres, Vintage.

Gómez Agustín, María (2000), *El renacimiento del "INI": situación y perspectivas del sector público autonómico y local*, Madrid, Círculo de Empresarios.

Lowenthal, David (1985), *The past is a foreign country*, Cambridge, Cambridge University Press.

Maiz, Ramón, Pablo Beramendi y Mireia Grau (2002), “La federalización del estado de las autonomías: evolución y déficit institucionales”, en Subirats, Joan y Raquel Gallego (eds.), *Veinte años de autonomías en España: leyes, políticas públicas, instituciones y opinión pública*, Madrid, CIS: 379-424.

OPA (Observatorio Político Autonómico) (2002), *Sondeo de Opinión del Observatorio Político Autonómico 2001*, Barcelona, Universitat Autònoma de Barcelona.

Pérez-Díaz, Víctor (1998a), “Putting citizens first: the tasks facing Europe, her public sphere and the character of her public authority”, *ASP Research Paper*, 22(b)/1998 (también en francés: “La Cité européenne”, *Critique internationale*, 1, 1998).

Pérez-Díaz, Víctor (1998b), “The Public Sphere and a European Civil Society”, en Alexander, Jeffrey (ed.), *Real Civil Societies: Dilemmas of Institutionalization*, Londres, Sage: 211-238.

Pérez-Díaz, Víctor (2002a), “From ‘civil war’ to ‘civil society:’ social capital in Spain from the 1930s to the 1990s”, en Putman, Robert D. (ed.), *Democracies in Flux*, Nueva York, Oxford University Press: 245-287.

Pérez-Díaz, Víctor (2002b), *Una interpretación liberal del futuro de España*, Madrid, Taurus.

Pérez-Díaz, Víctor y Joaquín P. López Novo (2003), *El tercer sector social en España*, Madrid, Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales.

Real Instituto Elcano de Estudios Estratégicos (2002), *Barómetro del Real Instituto Elcano*, Madrid, Real Instituto Elcano de Estudios Estratégicos.

Subirats, Joan y Raquel Gallego (eds.) (2002), *Veinte años de autonomías en España: leyes, políticas públicas, instituciones y opinión pública*, Madrid, CIS.

Witzthum, Carlt y John Carreyrou (2004). “Deadly Bombings Widen Longstanding Divisions Within Spanish Society”, en *The Wall Street Journal Europe*, 26-28 de Marzo, pgs. A1, A10.

ASP Research Papers

Números publicados

- 1(a)/1994 **Víctor Pérez-Díaz**, *La posibilidad de la sociedad civil: carácter, retos y tradiciones* (también en *Claves*, 50, 1995)
- 1(b)/1994 **Víctor Pérez-Díaz**, *The possibility of civil society: its character, challenges and traditions* (también en John Hall, ed., *Civil Society. Theory, History, and Comparison*, Cambridge, Polity Press, 1994)
- 2(a)/1994 **Víctor Pérez-Díaz y Juan Carlos Rodríguez**, *Opciones inerciales: políticas y prácticas de recursos humanos en España (1959-1993)*
- 2(b)/1994 **Víctor Pérez-Díaz y Juan Carlos Rodríguez**, *Inertial choices: Spanish human resources policies and practices (1959-1993)* (también en Richard Locke, Thomas Kochan, Michael Piore, eds., *Employment Relations in a Changing World Economy*, Cambridge, Mass., MIT Press, 1995)
- 3(a)/1994 **Víctor Pérez-Díaz y Juan Carlos Rodríguez**, *De opciones reticentes a compromisos creíbles: política exterior y liberalización económica y política en España (1953-1986)*
- 3(b)/1994 **Víctor Pérez-Díaz y Juan Carlos Rodríguez**, *From reluctant choices to credible commitments. Foreign policy and economic and political liberalization: Spain 1953-1986* (también en Miles Kahler, ed., *Liberalization and Foreign Policy*, Nueva York, Columbia University Press, 1997)
- 4(a)/1994 **Víctor Pérez-Díaz**, *El reto de la esfera pública europea* (también en *Claves*, 44, 1994)
- 4(b)/1994 **Víctor Pérez-Díaz**, *The challenge of the European public sphere* (una versión más amplia con el título “The Public Sphere and a European Civil Society”, en Jeffrey Alexander, ed., *Real Civil Societies: Dilemmas of Institutionalization*, Londres, Sage, 1998)
- 4(c)/1994 **Víctor Pérez-Díaz**, *Le défi de l'espace publique européen* (también en *Transeuropéennes*, 3, 1994)
- 5(a)/1994 **Víctor Pérez-Díaz**, *Transformaciones de una tradición: campesinos y agricultura en Castilla entre mediados del siglo XVI y mediados del siglo XX* (también en A. M. Bernal et al., *Antiguo Régimen y liberalismo. Homenaje a Miguel Artola*, Madrid, Alianza, 1994)
- 6(a)/1994 **Víctor Pérez-Díaz**, *Aguante y elasticidad: observaciones sobre la capacidad de adaptación de los campesinos castellanos de este final de siglo* (también en *Papeles de Economía Española*, 60/61, 1994)

- 7(a)/1994 **Víctor Pérez-Díaz**, *Un desorden de baja intensidad: observaciones sobre la vida española de la última década (y algunas anteriores), y el carácter y la génesis de su sociedad civil* (también en AB Asesores, ed., *Historias de una década: Sistema financiero y economía española 1984-94*, Madrid, AB Asesores, 1994)
- 7(b)/1994 **Víctor Pérez-Díaz**, *A low intensity disorder: observations on Spanish life over the past decade (and some prior ones), and the character and genesis of its civil society* (también en AB Asesores, ed., *Views on a decade: the Spanish economy and financial system 1984-1994*, Madrid, AB Asesores, 1994)
- 8(a)/1995 **Benjamín García Sanz**, *La contaminación ambiental en España: el estado de la cuestión*
- 9(a)/1995 **Josu Mezo**, *Política del agua en España en los años ochenta y noventa: la discusión del Plan Hidrológico Nacional*
- 10(a)/1995 **Víctor Pérez-Díaz**, *La educación en España: reflexiones retrospectivas* (también en Julio Alcaide *et al.*, *Problemas económicos españoles en la década de los 90*, Barcelona, Galaxia Gutenberg/Círculo de Lectores, 1995)
- 11(a)/1995 **Víctor Pérez-Díaz**, *El largo plazo y el “lado blando” de las políticas de empleo: aspectos sociales e institucionales del problema del empleo en España a mediados de los años noventa* (también publicado por el “Seminario Empresa y Sociedad Civil”; y en *Cinco Días*, 2/6/1995)
- 12(a)/1995 **Elisa Chuliá**, *La conciencia medioambiental de los españoles en los noventa*
- 13(a)/1996 **Víctor Pérez-Díaz**, *Elogio de la universidad liberal* (también en *Claves*, 63, 1996)
- 13(b)/1996 **Víctor Pérez-Díaz**, *In praise of the liberal University*
- 14(a)/1996 **Berta Álvarez-Miranda**, *Los incendios forestales en España (1975-1995)*
- 15(a)/1996 **Juan Carlos Rodríguez**, *Gobierno corporativo en la banca española en los años noventa*
- 16(a)/1997 **Juan Carlos Rodríguez**, *Políticas de recursos humanos y relaciones laborales en la banca española de los años noventa*
- 17(a)/1997 **Víctor Pérez-Díaz**, *La política y la sociedad civil españolas ante los retos del siglo XXI* (también en *Claves*, 77, 1997)
- 18(b)/1998 **Víctor Pérez-Díaz**, *The ‘soft side’ of employment policy and the Spanish experience* (también en *West European Politics*, 21, 4, 1998; y en Paul Heywood, ed., *Politics and Policy in Democratic Spain: no Longer Different?*, Londres, Frank Cass, 1999)
- 19(b)/1998 **Víctor Pérez-Díaz**, *State and public sphere in Spain during the Ancien Régime* (también en *Daedalus*, 127, 3, 1998)

- 20(a)/1998 **Juan Carlos Rodríguez y Berta Álvarez-Miranda**, *La opinión pública española y el euro: análisis de grupos de discusión*
- 21(a)/1998 **Víctor Pérez-Díaz y Juan Carlos Rodríguez**, *Los empresarios gallegos: análisis de una encuesta de opinión*
- 22(b)/1998 **Víctor Pérez-Díaz**, *Putting citizens first: the tasks facing Europe, her public sphere and the character of her public authority* (también en francés como “La Cité européenne”, *Critique Internationale*, 1, 1998; y en español, la primera parte, como “La ciudad europea”, *Política Exterior*, XIII, 67, 1999)
- 24(a)/1998 **Víctor Pérez-Díaz y Juan Carlos Rodríguez**, *Jóvenes gallegos: disposiciones y comportamientos ante la educación y el mercado de trabajo*
- 25(a)/1998 **Víctor Pérez-Díaz**, *El comienzo y la autoridad: sociedad civil, ciudadanía y liderazgo político* (también en *Cuadernos Aragoneses de Economía*, 10, 2000; texto de la ponencia presentada en la IV Reunión Plenaria del Círculo de Montevideo, Madrid, 12 a 14 de octubre de 1998))
- 25(b)/1999 **Víctor Pérez-Díaz**, *The ‘beginning’ and the public authority: civil society, citizenship and political leadership*
- 26(a)/1999 **Josu Mezo**, *Tecnologías de la información, sociedad y economía: perspectivas de cambio en los próximos años*
- 27(a)/1999 **Víctor Pérez-Díaz**, *La formación de Europa: nacionalismos civiles e inciviles* (también en *Claves*, 97, 1999)
- 27(b)/1999 **Víctor Pérez-Díaz**, *The role of civil and uncivil nationalisms in the making of Europe* (una versión revisada publicada como “The role of civil nations in the making of Europe”, *Social Research*, 67, 4, (invierno), 2000)
- 28(a)/1999 **Víctor Pérez-Díaz**, *Legitimidad y eficacia: tendencias de cambio en el gobierno de las empresas*
- 29(a)/1999 **Víctor Pérez-Díaz**, *Orden de libertad, centro político y espacio simbólico: la génesis de la división del espacio político entre la derecha, el centro y la izquierda, y sus usos en la política moderna* (también en *Papeles y Memorias de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas*, VI, 1999)
- 29(b)/1999 **Víctor Pérez-Díaz**, *Order of freedom and political center (I): The meaning and the genesis of the division of the political space between the right, the center and the left in modern politics*
- 30(a)/1999 **Víctor Pérez-Díaz y José I. Torreblanca**, *Implicaciones políticas del euro* (también en Gustavo de Arístegui *et al.*, *El euro: sus consecuencias no económicas*, Madrid, Estudios de Política Exterior/Biblioteca Nueva, 1999)
- 30(b)/1999 **Víctor Pérez-Díaz y José I. Torreblanca**, *The first steps of the euro, and its political implications*

- 31(a)/1999 **Víctor Pérez-Díaz**, *Sistema de bienestar, familia y una estrategia liberal-comunitaria* (una versión reducida en Santiago Muñoz Machado *et al.*, dirs., *Las estructuras del bienestar en Europa*, Madrid, Fundación Once/Civitas Ediciones, 1999)
- 32(a)/1999 **Víctor Pérez-Díaz**, *Iglesia, economía, ley y nación: la civilización de los conflictos normativos en la España actual* (también en Peter L. Berger, ed., *Los límites de la cohesión social*, Barcelona, Galaxia Gutenberg/Círculo de Lectores, 1999)
- 32(b)/1999 **Víctor Pérez-Díaz**, *The church, the economy, the law and the nation: the civilization of normative conflicts in present day Spain*
- 33(a)/2000 **Elisa Chuliá**, *El Pacto de Toledo y la política de pensiones*
- 34(a)/2000 **Víctor Pérez-Díaz**, *Texto y contexto de una España anticipada: reflexiones y recuerdos sobre el campo, la ciudad y algunos testigos ejemplares de la España de los años sesenta* (una versión reducida con el título “Una España anticipada: dos testigos ejemplares, Julio Caro Baroja y Dionisio Ridruejo”, en *Claves*, 104, 2000)
- 35(a)/2000 **Víctor Pérez-Díaz**, *Globalización y tradición liberal: el tipo de desarrollo cultural necesario para la generalización de un orden de libertad* (también en *Claves*, 108, 2000)
- 35(b)/2000 **Víctor Pérez-Díaz**, *Globalization and liberal tradition: the type of cultural development needed to spread an order of freedom*
- 36(b)/2000 **Víctor Pérez-Díaz**, *From ‘civil war’ to ‘civil society:’ social capital in Spain from the 1930s to the 1990s* (también en Robert D. Putnam, ed., *Democracies in Flux*, Nueva York, Oxford University Press, 2002; en alemán, como “Vom Bürgerkrieg zur Bürgergesellschaft: Sozialkapital in Spanien von den 1930er bis zu den 1990er Jahren”, en Robert D. Putnam, ed., *Gesellschaft und Gemeinsinn*, Gütersloh, Bertelsmann Stiftung, 2001; en español como “De la guerra civil a la sociedad civil: el capital social en España entre los años treinta y los años noventa del siglo XX”, en Robert D. Putnam, ed., *El declive del capital social*, Barcelona, Galaxia Gutenberg/Círculo de Lectores, 2003).
- 37(a)/2000 **Víctor Pérez-Díaz**, *La educación liberal como la formación del hábito de la distancia* (también en *Formación y empleo*, Madrid, Fundación Argentaria-Visor, 2000)
- 37(b)/2000 **Víctor Pérez-Díaz**, *Liberal education as formation for the habit of distance*
- 38(a)/2000 **Víctor Pérez-Díaz y Juan Carlos Rodríguez**, *Galicia, un proyecto en expansión: retos y oportunidades para su desarrollo* (también en Fundación Caixa Galicia, *Documentos de Economía*, 9, 2001).
- 39(a)/2000 **Víctor Pérez-Díaz**, *Sociedad civil, esfera pública y esfera privada: tejido social y asociaciones en España en el quicio entre dos milenios* (también en Luis Ribot García *et al.*, *Año 1000, año 2000. Dos milenios en la historia de España*, Madrid, España Nuevo Milenio, 2001)
- 39(b)/2000 **Víctor Pérez-Díaz**, *Civil Society, the public sphere and the private sphere: social fabric and associations in Spain on the threshold of a new millennium*

- 40(a)/2000 **Víctor Pérez-Díaz**, *La sociedad civil emergente a escala mundial* (presentado en las II Jornadas Empresariales Portuguesas celebradas en Vidago, 19 y 20 de octubre de 2000)
- 40(b)/2000 **Víctor Pérez-Díaz**, *The emergence of civil society worldwide*
- 41(a)/2001 **Víctor Pérez-Díaz**, *Estados Unidos y las elecciones del 2000* (también en *Política Exterior*, 80 (marzo/abril), 2001)
- 41(b)/2001 **Víctor Pérez-Díaz**, *The United States and the 2000 presidential elections: a view from near and far*
- 42(a)/2001 **Víctor Pérez-Díaz**, *Nómadas y ciudadanos: la educación en la era de la "globalización" y la "postmodernidad"* (texto presentado en el ciclo de conferencias *La educación que queremos*, organizado por la Fundación Santillana, Madrid, 20 de noviembre de 2001)
- 42(b)/2001 **Víctor Pérez-Díaz**, *Nomads and citizens*
- 43(b)/2001 **Víctor Pérez-Díaz**, *The mixed legacy of the generation of 1968* (presentado en la conferencia del XII Aniversario de la *Gazeta Wyborcza*, Varsovia, 7 de mayo de 2001)
- 44(a)/2001 **Víctor Pérez-Díaz**, *Una interpretación liberal del futuro de España* (presentado en la Fundación por la Modernización de España, Madrid, 24 de enero de 2002)
- 44(b)/2001 **Víctor Pérez-Díaz**, *A liberal interpretation of the future of Spain*
- 45(a)/2002 **Víctor Pérez-Díaz**, *Procesos de formación de espacios políticos civiles e inciviles en Europa* (presentado en el Congreso Conocimiento e Invención, organizado por la Universidad Politécnica de Valencia, 7 de marzo de 2001)
- 46(a)/2003 **Víctor Pérez-Díaz**, *Carácter y evolución de la universidad española* (texto que forma parte del presentado en la Jornada Anual de la Fundación Blanquerna, 28 de enero de 2003)
- 47(b)/2003 **Víctor Pérez-Díaz**, *Spain's end of the century* [también publicado en la versión italiana de *Spain at the Crossroads: Civil Society, Politics and the Rule of Law (La lezione spagnola*, Il Mulino, 2003)].
- 48(a)/2003 **Víctor Pérez-Díaz**, *Resultados y posibles reformas de la universidad española actual* (texto que forma parte del presentado en la Jornada Anual de la Fundación Blanquerna, 28 de enero de 2003)
- 49(a)/2003 **Evelyne López Campillo**, *Las mujeres en las tierras del islam*
- 50(b)/2004 **Víctor Pérez-Díaz**, *Duty as a dimension of citizenship, Europe and our current dangers* (texto presentado en la "Conference on European Citizenship", organizada por la Active Citizenship Foundation y celebrada en Washington, 14 de noviembre de 2003)

Otras publicaciones de Víctor Pérez-Díaz y sus colaboradores

Víctor Pérez-Díaz, *The Return of Civil Society: The Emergence of Democratic Spain*. Cambridge, Mass., Harvard University Press, 1993 (también en español: *La primacía de la sociedad civil*. Madrid, Alianza, 1993; y en polaco: *Powrót Społeczeństwa Obywatelskiego w Hiszpanii*. Cracovia, Wydawnictwo Znak, 1996).

Víctor Pérez-Díaz y José A. Herce, dirs. *La reforma del sistema público de pensiones en España*. Barcelona, Fundación la Caixa, 1995.

Víctor Pérez-Díaz, *España puesta a prueba 1976-1996*. Madrid, Alianza, 1996 (también en francés: *La démocratie espagnole vingt ans après*. Bruselas, Complexe, 1996).

Víctor Pérez-Díaz, Josu Mezo y Berta Álvarez-Miranda. *Política y economía del agua en España*. Madrid, Círculo de Empresarios, 1996.

Víctor Pérez-Díaz, Berta Álvarez-Miranda y Elisa Chuliá. *La opinión pública ante el sistema de pensiones*. Barcelona, Fundación la Caixa, 1997.

Víctor Pérez-Díaz. *La esfera pública y la sociedad civil*. Madrid, Taurus, 1997.

Víctor Pérez-Díaz, Elisa Chuliá y Berta Álvarez-Miranda. *Familia y sistema de bienestar; La experiencia española con el paro, las pensiones, la sanidad y la educación*. Madrid, Fundación Argenteria-Visor, 1998.

Víctor Pérez-Díaz. *Spain at the crossroads*. Cambridge, Mass., Harvard University Press, 1999.

Víctor Pérez-Díaz, Elisa Chuliá y Celia Valiente. *La familia española en el año 2000: innovación y respuesta de las familias a sus condiciones económicas, políticas y culturales*. Madrid, Fundación Argenteria-Visor, 2000.

Víctor Pérez-Díaz, Juan Carlos Rodríguez y Leonardo Sánchez Ferrer. *La familia española ante la educación de sus hijos*. Barcelona, Fundación la Caixa, 2001 (también en catalán: *La família espanyola davant l'educació dels seus fills*).

Víctor Pérez-Díaz y Juan Carlos Rodríguez. *Educación superior y futuro de España*. Madrid, Fundación Santillana, 2001.

Víctor Pérez-Díaz, "Introducción" a Michael Oakeshott, *El estado europeo moderno*, Barcelona, Paidós, 2001.

Víctor Pérez-Díaz, Berta Álvarez-Miranda y Carmen González-Enríquez. *España ante la inmigración*. Barcelona, Fundación La Caixa, 2002 (también en inglés: *Spain and immigration*).

Víctor Pérez-Díaz, *Una interpretación liberal del futuro de España*. Madrid, Taurus, 2002.

Víctor Pérez-Díaz y Juan Carlos Rodríguez. *La educación profesional en España*. Madrid, Fundación Santillana, 2002.

Víctor Pérez-Díaz y Juan Jesús Fernández. *Hábitos de compra familiar*. Barcelona, Gestión 2000, 2003.

Víctor Pérez-Díaz y Joaquín P. López Novo. *El tercer sector social en España.* Madrid, Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales, 2003.

Víctor Pérez-Díaz y Juan Carlos Rodríguez. *La educación general en España.* Madrid, Fundación Santillana, 2003.

Víctor Pérez-Díaz. *Esperanzas razonables y expectativas desmedidas: capital social y sociedad civil en Latinoamérica.* Madrid, ASP Colección de Estudios nº 1, 2003.

Víctor Pérez-Díaz. *La lezione spagnola.* Bologna, Il Mulino, 2003.

Víctor Pérez-Díaz, Berta Álvarez-Miranda y Elisa Chuliá, *La inmigración musulmana en Europa,* Barcelona, Fundación La Caixa, 2004.

ASP Research Papers están orientados al análisis de los procesos de emergencia y consolidación de las sociedades civiles europeas y la evolución de sus políticas públicas.

En ellos, se concederá atención especial a España y a la construcción de la Unión Europea; y, dentro de las políticas públicas, a las de recursos humanos, sistema de bienestar, medio ambiente, y relaciones exteriores.

ASP Research Papers focus on the processes of the emergence and consolidation of European civil societies and the evolution of their public policies.

Special attention is paid to developments in Spain and in the European Union, and to public policies, particularly those on human resources, the welfare system, the environment, and foreign relations.